

IMPLORAR Y DEPLORAR.

José Ignacio de Arana.

¿Ha llorado el lector recientemente?; ¿lo ha hecho en los últimos meses o años? Y no me refiero al llanto metafórico, a veces hasta de risa, que nos provocan muchas de las situaciones profesionales, sociales, políticas y de toda índole que nos toca vivir cada día. Hablo de llorar con lágrimas en los ojos –dónde si no iban a estar-, es decir, en su acepción estricta. Y, sin embargo, seguro que en más de una ocasión durante ese tiempo ha calificado de “deplorable” algún suceso o el comportamiento de alguna persona. Deplorar, sentir viva y profundamente, en el sentido de desastroso y detestable, un suceso, es palabra que proviene del latín *plorare*, llorar y hace referencia a la sensación de lamento que provoca su contemplación o su padecimiento. Sin duda el llanto, que es una función fisiológica mediada por el sistema nervioso vegetativo como reacción a diversas emociones, ha perdido mucha de la fuerza que siempre tuvo para suscitar sentimientos de compasión y aplacar otros de furia. Cuando se solicita algo por verdadera necesidad, esperando que el interlocutor ablande su posible dureza de ánimo para concedérmolo, se dice que se implora, o sea, se llora. “El que no llora, no mama”, recoge nuestro sabio refranero. Son los niños los que todavía conocen y utilizan el poder de las lágrimas; forma parte de la imagen arquetípica de la infancia el niño llorando: por hambre, incomodidad, dolor, solicitud de atención materna, deseo no correspondido o, aparentemente, porque sí. Sin miedo a ser tachado de sexista, porque no hago sino constatar una realidad fácilmente demostrable, señalaré que también las mujeres conservan el llanto como instrumento –iba a decir, perdón, el arma por la fuerza que tiene- de convicción. En cambio, los hombres, por un mal entendido sentido de la virilidad como ejercicio de ocultación de sentimientos afectuosos y delicados tenidos por sinónimo de debilidad, reprimen el llanto hasta el punto de que en la mayoría de los casos son luego verdaderamente incapaces de producirlo, incluso en situaciones de violenta afectación del estado de ánimo.

Es curioso que el llanto sea quizá la única reacción vegetativa que se puede contener voluntariamente hasta cohibirla por completo. Ni el sudor, ni la vasoconstricción periférica que provoca la palidez, ni tantas otras, admiten ese control. Merecería un profundo estudio antropológico conocer el distinto valor que el llanto ha desempeñado en distintas sociedades e individuos.

SOS.

José Ignacio de Arana.

Durante la noche del 15 de abril de 1912, mientras el *Titánic* se hundía en el Atlántico Norte, se sucedieron a bordo del gran barco numerosos episodios dramáticos que la historia, el periodismo, la literatura y hasta el cine se han encargado de recordarnos: la orquesta tocando en cubierta, escenas de heroísmo, de crueldad, pánico, resignación, rezos, maldiciones...; nada que no se corresponda con la reacción del ser humano ante lo inesperado y terrible. ¿Y qué tiene esto que ver con el lenguaje? se preguntará el lector de este laboratorio. Pues que quizá en esos mismos momentos se estaba produciendo un hecho nuevo; o, por lo menos, lo hacía en una de sus primeras apariciones históricas. En el pequeño cuarto de radio del transatlántico, que se anegaba a toda velocidad, John George, "Jack", Phillips, un joven radiotelegrafista, tecleaba con asombrosa serenidad un extraño mensaje en código Morse: punto, punto, punto, raya, raya, raya, punto, punto, punto: SOS. Era una palabra sin sentido pero muy fácil de escribir en ese idioma "eléctrico" y que iba a ser entendida por cualquiera que la recibiese, fuera cual fuera su lengua. Hacía muy poco tiempo que una convención internacional había establecido la sucesión de esas tres letras, las más sencillas del Morse, como señal universal de petición de socorro. Se ha discutido si efectivamente fue desde el *Titánic* la primera vez que se utilizó, pero, desde luego, en esos instantes adquirió verdadera carta de naturaleza. Phillips murió ahogado en el desastre y no pudo conocer la trascendencia de lo que estaba haciendo; tampoco pudo el capitán Smith que mandaba el barco. Pero un lenguaje nuevo acababa de nacer porque todo el mundo supo a partir de ese día el significado de tan extraña palabra. Tanto, que ha pasado a formar parte del vocabulario de todas las lenguas como sinónimo de solicitud de auxilio o, simplemente, de situación desesperada. Es, quizá, la única palabra común a todos los idiomas, precisamente por carecer de auténtico significado intrínseco. Punto, punto, punto, raya, raya, raya, punto, punto, punto, se puede "escribir" con impulsos eléctricos, con golpes, con destellos luminosos... y cualquiera sabrá que quien lo hace pide ayuda.

El código o lenguaje Morse lo elaboró en realidad un colaborador de éste, Alfred Vail, mientras ambos diseñaban en el primer tercio del siglo XIX un revolucionario sistema de comunicaciones, la telegrafía, que exigía, por su propia naturaleza de sistema de transmisión eléctrico muy elemental, la utilización de un

también nuevo lenguaje aparentemente críptico compuesto no de letras sino de impulsos eléctricos que luego habrían de ser “traducidos” al llegar a su destino a través de los cables que pronto se extendieron como una verdadera tela de araña por todo el mundo. La fama del invento, quizá porque fue él quien más intervino en su desarrollo y promoción, se la llevó Samuel Morse y su nombre se unió indefectiblemente al lenguaje de puntos y rayas. A finales de ese siglo XIX el serbio-norteamericano Nikola Tesla descubrió otro procedimiento de comunicación, la radiotelegrafía o telegrafía sin hilos (TSH). Por una más de esas tortuosas vueltas de la historia y de sus protagonistas los hombres, fue el italiano Guillermo Marconi quien figuró como inventor de la “radio” y recibió por ello el Premio Nobel de Física en 1909. Durante mucho tiempo aún, como muestra el episodio del *Titánic*, las transmisiones “por el éter”, como se decía entonces, siguieron utilizando el lenguaje Morse. En nuestros días tal lenguaje ha pasado a ser casi una pieza del museo universal de los inventos humanos, pero SOS (...---...) mantiene su vigencia.

ENIGMA.

José Ignacio de Arana.

El lenguaje está hecho para comunicarse; esto es una obviedad. Los distintos idiomas que el hombre ha desarrollado desde el que se hablaría en el Paraíso – y que mis paisanos los vascos, siempre humildes ellos, dicen que es el suyo- han venido a complicar un tanto esa comunicación. Pero la traducción y el aprendizaje de alguna de esas lenguas, función intelectual para la que, se diga lo que se diga, unos individuos están dotados y otros no, permite en general un entendimiento suficiente. Lo que se escribe o se habla podría, pues, ser comprendido por cualquiera que leyera o escuchara. Sin embargo, siempre ha habido ocasiones y circunstancias en las que ha interesado que lo dicho o escrito sólo fuese entendido por unos pocos destinatarios y permaneciese ininteligible para todos los demás que tuvieran acceso a ello. Se trata del fascinante campo de la criptografía que podría ocupar, y de hecho lo hace, no una serie de artículos sino una amplísima colección bibliográfica. En la brevedad del formato que aquí utilizamos únicamente voy a citar unos pocos de entre los infinitos sistemas ideados para este encubrimiento del lenguaje; algunos de los más originales y que se demostraron prácticamente infalibles. Sirvan como acicate para esa búsqueda de bibliografía que, de seguro, resultará una lectura entretenidísima y apasionante por lo que muestra del ingenio humano.

Los más antiguos, y también los más repetidos a lo largo de la historia, han consistido en cambiar la utilización de una letra por otra según una secuencia predeterminada; los usan hasta los niños que se inician en el “secreteo” al descubrir con la llegada de la adolescencia el despertar de las hormonas. No son difíciles de decodificar en pocos pasos. Otro viejo método es escribir el mensaje en un papel, pergamino, tela, etc., enrollado en espiral alrededor de un palo o bastón, luego se envía desenrollado y sólo con un soporte exactamente de la misma longitud y diámetro se podrá volver a leer. Junto con la diplomacia, han sido las guerras los momentos en que más se ha hecho valer la criptografía; el lenguaje ha sido un poderoso aliado de las armas; ¡quién lo diría! Durante la II Guerra Mundial se idearon, entre otros muchos de menor eficacia, dos sistemas de muy diferente concepción para el encriptado de los mensajes de interés bélico. El primero, usado por el ejército alemán, utilizaba un sofisticadísimo procedimiento de transcripción mecánica, con millones de variables alfanuméricas, y recibió el apropiado nombre de

Enigma. Los aliados tuvieron que multiplicar los esfuerzos para resolverlo e incluso crearon todo un grupo de trabajo en el que ocuparon a los mejores matemáticos y prácticamente los encerraron en un lugar secreto de Gran Bretaña con las más estrictas normas de confidencialidad; tan oculta fue su labor que aunque lograron desentrañar el sistema de claves enemigo, sus nombres no vieron la luz hasta muchos años después de acabada la contienda. La máquina *Enigma*, en realidad una compleja máquina de escribir que hoy se quedaría arrumbada ante un sencillo ordenador personal, y sus peripecias constituyen uno de los episodios más interesantes de aquella guerra. El otro “encriptado” tiene mucho más que ver con el lenguaje propiamente dicho. Durante la campaña en el Pacífico, el ejército estadounidense comprobaba cómo una vez tras otra sus claves militares eran descubiertas por los escuchas japoneses. Entonces integraron en las unidades militares a indígenas navajos procedentes de las reservas indias que poseían un idioma único, transmitido sólo oralmente generación tras generación, y los usaron como operadores de radio. El sistema era extremadamente ingenioso y eficaz, pero tenía un solo riesgo: que uno de esos indios fuese capturado por el enemigo. La solución de los mandos fue tan sencilla como, si se quiere, deshumanizada: cada indio estaría siempre acompañado de un soldado cuya única misión era matarlo si estaba a punto de ser hecho prisionero. Otra aventura apasionante que se ha plasmado en libros y también en el cine. El verdadero protagonista: el lenguaje.

LAS PÚBERES CANÉFORAS.

José Ignacio de Arana.

Alguna vez hemos comentado el uso que se puede hacer del lenguaje como “juguete”, es decir, la utilización de las palabras para un alarde de originalidad sin perder por ello su significado. Se han traído ejemplos como los relatos escritos sin usar una o más vocales, los textos palíndromos, etc.; ahora veamos todo un movimiento literario que tuvo en el jugueteo con el sonido de los vocablos una de sus principales razones de ser. El *Modernismo*. Nacido en España aunque pronto se adaptó a Hispanoamérica tuvo su auge en el tránsito de los siglos XIX y XX y prácticamente se limitó al ámbito de la poesía. Sus más destacados representantes son Rubén Darío, cuyo poema *Azul* (1888) se tiene por muchos comentaristas como el origen del estilo, y nuestro Juan Ramón Jiménez. Los modernistas estuvieron claramente influidos por las corrientes literarias francesas denominadas simbolismo y parnasianismo. La crítica literaria ha establecido ciertas características comunes en las obras: Culto a la belleza rebuscada con aparición frecuente de cisnes, ornamentaciones lujosas, jardines y paisajes exóticos y míticos, utilización de palabras largas, arcaizantes, de difícil interpretación para un lector no cultivado y hasta en ocasiones para el erudito... Erotismo en el tratamiento del amor frente a las descripciones más suavizadas e idealizadas del romanticismo. Estimulación de los cinco sentidos a través del poder evocador del lenguaje, aliteraciones, cultismos, onomatopeyas. Valoración del indigenismo –en los autores americanos, aunque escriban en Europa como Rubén- y preocupación política y social por los Estados Unidos que en esa misma época están en una fase de gran expansionismo (guerra con España en Cuba, invasión de Méjico, etc.). Sincretismo religioso con mezcla voluntariamente indiscriminada de paganismo, budismo, hinduismo y cristianismo.

Un ejemplo paradigmático de esto lo tenemos en el *Responso a Verlaine* que Rubén escribe en 1896 al conocer la muerte del poeta francés:

*“Padre y maestro mágico, liróforo celeste / que al instrumento olímpico y a la
siringa agreste / diste tu acento encantador; / ¡Panida! Pan tú mismo, con coros
condujiste / hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste, / ¡al son del sistro y del
tambor! [...] Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo, / ahuyenten la negrura
del pájaro protervo / el dulce canto de cristal / que Filomela vierta sobre tus tristes
huesos, / o la armonía dulce de risas y de besos / de culto oculto y florestal. / Que
púberes canéforas te ofrenden el acanto, / que sobre tu sepulcro no se derrame el*

*llanto, / sino rocío, vino, miel: / que el pámpano allí brote, las flores de Citeres, / ¡y que se escuchen vagos suspiros de mujeres / bajo un simbólico laurel! [...] De noche, en la montaña, en la negra montaña / de las Visiones, pase gigante sombra extraña, / sombra de un Sátiro espectral; / que ella al centauro adusto con su grandeza asuste; / de una extrahumana flauta la melodía ajuste / a la armonía sideral. / Y huya el tropel equino por la montaña vasta; / tu rostro de ultratumba bañe la Luna casta / de compasiva y blanca luz; / y el Sátiro contemple sobre un lejano monte / una cruz que se eleve cubriendo el horizonte / ¡y un resplandor sobre la cruz!” Y aquel famoso: “¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda[...]” de su *Salutación del optimista* (1905).*

Lo de las púberes canéforas, doncellas paganas que llevaban en la cabeza un canastillo con flores, ofrendas y cosas necesarias para los sacrificios, fue incluso motivo de una conocida anécdota parlamentaria durante la Transición española en la que un político quiso demostrar la ignorancia de otro sobre todo lo ajeno al trajín administrativo. Ni tanto ni tan calvo. El lenguaje puede usarse para escarceos artísticos porque es algo vivo y humano, pero el abuso, como en todo, es algo innecesario y llega a cansar al lector, mucho más al oyente. Quizá por eso el Modernismo tuvo tan corta trayectoria y queda hoy como una mera curiosidad literaria.

POLITQUÉS Y TERTULIANÉS.

José Ignacio de Arana.

Dos periodistas muy populares y leídos, de los que escriben con regularidad en la prensa, uno de ellos con la abnegada condición de “columnista” diario, Antonio Burgos y Amando de Miguel, han acuñado estos neologismos: *politqués* y *tertulianés*. Se refieren con ellos al lenguaje utilizado por los políticos en sus comunicaciones públicas -casi siempre, además, mal pronunciado- y a aquel de que hacen gala –porque, encima, lo tienen a gala- los numerosos participantes en las ubicuas tertulias de los medios de comunicación. Son, efectivamente, dos “neolenguas” en el sentido que dio George Orwell a este término en su obra, tan de actualidad, *1984*. Mucho tiempo atrás tenemos ejemplos en aquellos textos que, según narra Cervantes en el mismo comienzo de *El Quijote*, condujeron al hidalgo que los leía pasando “las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio” a perder el juicio. Como los de un tal Feliciano de Silva: “*La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece que con razón me quejo de la vuestra fermosura.*” O “... *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.*” Son maneras de hablar sin decir nada, un acreditado método de hacerse pasar por informado o por sabio en cualquier materia del conocimiento del que fue maestro, llevándolo hasta el disparate, el actor mejicano Mario Moreno, *Cantinflas* y que en español ha dado lugar al verbo *cantinflear* que recoge el DRAE.

Unos y otros pueden hacer gracia cuando se escuchan o leen de vez en cuando y, sobre todo, sin sentirse del más mínimo modo involucrado por lo que allí se dice. Pero cuando no es así, cuando el bombardeo con este lenguaje es constante y, lo que es peor si cabe, comprobamos cómo se va contagiando al habla del común de las personas desplazando, como la mala moneda hace con la buena, a la lengua correcta, llana y clara con la que siempre nos hemos entendido, el asunto pasa a mayores y a veces nos entra el temor, escuchando algunas conversaciones, de que podamos terminar con el seso seco como don Alonso Quijano en la penumbra de su biblioteca manchega. Del mismo Cervantes es la frase “llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala” que pone en boca de Maese Pedro dirigida al joven truchimán que recita su *Retablo*.

He citado el *politqués* y el *tertulianés* porque asaltan a cualquiera, pero qué decir de nuestra jerga, el habla de los médicos. Soltamos en congresos, reuniones y

hasta en tertulias de sobremesa cuando nos reunimos unos cuantos, párrafos y párrafos de difícil comprensión o totalmente ininteligibles para propios y no digamos ya para ajenos. Y no porque estén salpicados hasta la saturación de terminología científica o de argot, que ya sería malo según en qué circunstancias, sino porque carecen del mínimo rigor a la hora de hilvanar un raciocinio y menos una charla sin pretensiones. Las palabras largas, “sesquipedálicas”, esdrújulas y sobresdrújulas que ya ha sido traídas a este laboratorio en alguna ocasión anterior brillan en todo su vano esplendor. Decía Einstein que la mayoría de las ideas fundamentales de la ciencia son esencialmente sencillas y, por regla general, pueden ser expresadas en un lenguaje comprensible para todos. Esto es perfectamente aplicable a cualquier otro campo del conocimiento; claro que para una mayoría de las personas lo en verdad difícil parece ser precisamente la sencillez.

FÁCIL Y SENCILLO.

José Ignacio de Arana.

El arco de medio punto, el teorema de Pitágoras, el canto gregoriano, la música de Mozart o la literatura de Miguel Delibes son sencillos; pero en modo alguno son fáciles de crear, desarrollar e interpretar. Sencillo vale por exento de complicaciones innecesarias para su función. Y, como ya se ha dicho aquí en alguna ocasión anterior, es muy difícil ser sencillo. Es conocida la anécdota de Eugenio D'Ors que cuando terminaba de escribir alguna de sus obras se la leía a su secretaria y la preguntaba ¿está claro?; cuando la respuesta era sí, el genio catalán de las *Glosas* decía: “pues oscurezcámoslo” y procedía a retocar el texto para darle mayor complejidad aunque sólo fuera sintáctica y de vocabulario. Por el contrario, Ortega y Gasset decía siempre que la claridad es la cortesía del filósofo y leer su amplia y variada obra constituye un placer literario aparte de su contenido sustancial.

¿Es la medicina fácil? Todos contestaremos a una que no. Muchos años de estudio universitario, muchos más de permanente actualización, informaciones que se reciben a raudales desde numerosas fuentes a las que hay que estar atentos pero con sentido crítico sin bobalicona aceptación indiscriminada, cambios que aunque pocas veces sean sustanciales siempre exigen de nosotros y de nuestra práctica profesional algún ajuste para mejorar. No es fácil. ¿Es la medicina sencilla? Pues debería serlo. Y en los dos aspectos fundamentales de esta ciencia que es más que una ciencia, hecho del que yo creo que somos conscientes quienes la ejercemos. En primer lugar, en su íntima comprensión. Si se han adquirido con aprovechamiento las enseñanzas de una asignatura fundamental como es la propedéutica, que no sin motivo figura, o figuraba, en los programas académicos entre las básicas o “preclínicas”, luego, el proceso de cualquier enfermedad, desde su etiopatogenia hasta su terapéutica, se nos hará sencillo de discurrir, o sea, claro y llano; otra cosa será que seamos o no capaces de seguir con el pensamiento y con los actos ese camino recto y natural, pero eso ya depende de nuestras luces personales y no del proceso en sí mismo. En segundo lugar, a la hora de poner en práctica esa argumentación intelectual frente al caso concreto del enfermo, que siempre es uno, individual e imposible de poner en rígido parangón con otros salvo en un trabajo para una comunicación o un congreso, la sencillez se puede y se debe demandar en el médico al explicar al paciente los detalles de su mal o del tratamiento indicado, así como para hablar con él de cualquier cuestión que suscite

el dictamen. Muchas veces sucede que el paciente llega a la escalera de la consulta con la cabeza sumida en un mar de dudas, más de las que tenía al llegar, y no suele atreverse a volver sobre sus pasos para intentar aclararlas con el doctor el cual, seguramente, está muy satisfecho de la perorata que le ha soltado al atribulado enfermo, llena de sabiduría y, sin duda alguna, de buena voluntad e intachable praxis, pero absolutamente huera de claridad, de sencillez. Como todo en esta vida, esa claridad expositiva requiere unas ciertas dotes básicas, pero también aprendizaje. La enfermedad más compleja se puede explicar sin ponerse estupendo y sin descender a vocabulario o conceptos de tertulia callejera. Téngase, además, en cuenta que un número cada vez mayor de pacientes, al poco de salir de nuestro despacho, van a consultar con san Google y con el profesor Wikipedia, y ambos competidores les van a dar una versión garbancera y muy posiblemente errónea de lo que buscan. Es necesario adelantarse a ese desbarajuste mental; por el bien del paciente en primer lugar y por el de nuestro oficio en segundo pero también importante.

LOS EUFEMISMOS DE LA EDAD.

José Ignacio de Arana.

En un precioso aunque poco frecuentado sainete musical del llamado *género chico* titulado *El santo de la Isidra*, del que son autores Carlos Arniches del texto y Tomás López Torregrosa de la música, estrenado en el Teatro Apolo de Madrid el 19 de febrero de 1898, uno de los personajes, un chulapo madrileño, para dirigirse despectivamente a otro dice de él: “es un sexagenario, que es la última palabra del diccionario.” Evidente dislate lingüístico, aunque sea para forzar la rima, muy propio del falso madrileñismo que se inventó el escritor alicantino que consiguió crear una jerga que se tiene por típica del populismo de la capital. Sin embargo, por la época del estreno de la obra, un sexagenario era, sin duda, un anciano más o menos venerable; un individuo en el periodo final de la vida y por eso podía decir el castizo que su oponente estaba en las postrimerías. A esta circunstancia del paso del tiempo se han referido, cada cual a su modo pero también en verso, otros autores. Quevedo, con la amargura de sus últimos años, con tantas desilusiones e ingratitudes sobre sus torcidas espaldas de corcovado, dirá para acabar uno de sus más célebres sonetos: “Vencida de la edad sentí mi espada, / y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte.” Más burlón, rememorando tiempos mejores, Campoamor escribe en una de sus *Humoradas*: “Las hijas de las madres que amé tanto / me besan ya como se besa a un santo.”

La sociedad se ha burocratizado de tal modo que hoy la vejez se establece por definición al cumplir exactamente una determinada edad. “Anciano de sesenta años atropellado por una bicicleta”, puede leerse en las noticias de sucesos de un diario. Y el sexagenario, que se siente casi un chaval, porque físicamente es muy probable que lo esté, ve su nombre asociado periodísticamente a la decrepitud. Se han creado unos términos eufemísticos para describir a las personas que han llegado a esa edad “administrativa”: “nuestros mayores”, “tercera edad”, que tienen mucho de conmisericordia. A Maurice Chevalier le preguntaba un día un gacetillero si le molestaba cumplir años y el cantante le contestó: “Teniendo en cuenta la alternativa, no.” Porque, efectivamente, quienes seguro que están peor son los que se han ido quedando por el camino de la vida. Además, esa “tercera edad” no va indefectiblemente unida, en buen número de casos, al cese de toda actividad y desde luego no a la intelectual; ¿se deja de ser ingeniero, abogado, médico, escritor, experto en motores diesel y tantas y tantas cosas el día exacto del cumpleaños?,

¿por algún misterioso ensalmo? Lo que sí le va a suceder a esa persona es que comenzará a ser tuteada por cualquier prójimo al que solicite alguna ayuda, no ya física sino de todo tipo, desde administrativa hasta orientativa para buscar una calle. Ese tuteo confianzudo y falsamente “protector” le acompañará por donde vaya y posiblemente le revuelva las entendederas; al “viejo” se le tutea como al niño. Si acaso se le ha de explicar algo, se hará bien “masticadito” para que lo entienda porque se da por hecho que su capacidad intelectual está muy mermada.

En el mundo de la medicina, donde deberíamos saber más de estos asuntos, pecamos con demasiada frecuencia de este defecto, fácilmente subsanable por otra parte. El paciente “mayor” que acude a la consulta, pero sobre todo el que ingresa en un centro sanitario, es inmediatamente tuteado con “afecto afectado”, valga la expresión, por todo el personal, desde el médico hasta la estudiante de enfermería o la empleada de la limpieza de las habitaciones. Eso cuando a alguno, generalmente de los estratos inferiores, no se le ocurre llamarlo directamente “abuelo” o “abuela”, lo que ya roza o supera la impertinencia. En otro artículo se habló del tuteo difundido como forma habitual de trato en nuestra sociedad con olvido del obligado usted de respeto, cortesía y buena crianza. Los modales en medicina son parte sustancial de la relación con el paciente. La dichosa “tercera edad” ni está al final del diccionario ni es tonta de baba ni tiene por qué perder la dignidad.

NO TENER “NADA”.

José Ignacio de Arana.

Algunos estudiosos de la Historia de España han señalado como una de las características más esenciales de nuestra idiosincrasia, además de la tópica envidia que merecería un estudio aparte –ya lo hizo Julián Marías en *La envidia igualitaria*– el misoneísmo, la aversión a lo nuevo. Esto incluso ha llegado a integrarse en la manera de hablar de los españoles. Quienes hicimos el servicio militar nos acostumbramos a que la forma habitual de expresar que no había sucedido nada malo era la fórmula “sin novedad”, asimilando, pues, novedad a alteración del buen orden de las cosas. Fuera del ámbito militar, en el lenguaje coloquial, también solemos decir que no ha habido novedad para manifestar a nuestro interlocutor que en su ausencia no ha ocurrido nada extraordinario, ni bueno ni malo. Esto seguramente irá cambiando, porque si algo distingue a la sociedad actual, globalizada y, por tanto, a la española del mismo modo que a todas las demás, es precisamente lo contrario del misoneísmo: el gusto, muchas veces exento de crítica, por lo nuevo; lo más moderno parece, por definición, lo mejor y de inmediato pasa a ocupar el espacio, físico o mental, en que se asentaba lo inmediatamente anterior, cuanto más lo que ya tiene “olor” a viejo. Sin embargo, la experiencia nos enseña - desde luego en medicina clínica así ocurre- que muchas de las ideas y de las prácticas tenidas por amortizadas vuelven a tener vigencia con el paso de más o menos tiempo con apenas algún cambio accidental. Por eso aquella actitud recuerda a la de alguien que persigue ansioso un péndulo: nunca lo alcanzará, pero corre el riesgo de que la pesa, en su recorrido de vuelta, le dé un golpe en la mismísima cara. Lo hemos visto más de una vez y más de dos en la práctica diaria de nuestro oficio. Terapias que fueron tachadas de obsoletas –palabra que no se les cae de la boca a los defensores a ultranza de lo moderno- son otra vez útiles aunque quizá con pequeños cambios de vestuario. Es natural: ¿es que antes no se curaban enfermos?

La misma enfermedad es considerada como algo “nuevo” que se ha instalado en nuestro organismo. Así, la mejor noticia que puede recibir el paciente es que “no tiene nada”; así, en abstracto; en realidad, no tiene “nada malo”, pero con la primera parte de la expresión ya le vale. Quizá la única novedad médica, y ¡menuda novedad!, admitida con buen ánimo sea el diagnóstico de embarazo y hemos de convenir en que ni aun ésa lo es en el cien por cien de los casos. Mas cuando la

enfermedad existe, el médico no se puede limitar a prescribir un tratamiento de un tipo u otro y, si puede, a un pronóstico –la parte más difícil de la medicina, como bien sabemos-, sino que muy a menudo se espera de él que ayude a su paciente a asumir los cambios que se van a producir en su vida. Toda enfermedad va unida a malestar o dolor o incapacidad funcional o alteración del esquema corporal o, en el caso extremo, amenaza para la existencia. La vida que el sujeto ha llevado hasta ese momento cambia de alguna manera y esa “novedad” es la que cuesta aceptar. Hay muchas personas, cada vez más, ya se dijo, ávidas de experiencias nuevas, pero siempre que éstas sean gratificantes, y las que aporta una enfermedad nunca lo son. No tener “nada” puede ser un motivo de tranquilidad; algo parecido a lo que refleja la conocida expresión periodística anglosajona, que juega con el significado de las palabras, “*no news, good news*”.

ARROGAR, IRROGAR Y SUBROGAR.

José Ignacio de Arana.

En muchas ocasiones se ha comentado elogiosamente en este laboratorio la riqueza de la lengua española que con apenas un ligero cambio en la formación de una palabra hace que su significado varíe notablemente. El problema surge no por la complejidad de los vocablos sino muy a menudo por la ignorancia del usuario que se guía por la sonoridad sin percatarse del contenido o de la auténtica acepción. Traigo hoy tres palabras de nuestro idioma que tienen un componente, el sufijo, igual, pero en las que una pequeña modificación del prefijo las hace significar cosas muy distintas.

Arrogar: Atribuir, adjudicar. Apropiarse indebida o exageradamente de cosas inmateriales, como facultades, derechos u honores.

Irrogar: Causar, ocasionar perjuicios o daños.

Subrogar: Sustituir o poner a alguien o algo en lugar de otra persona o cosa.

Todas, efectivamente, cuentan con el sufijo *rogar*, que en latín vale tanto como pedir en sentido imperativo o como dictar una ley o mandato; es decir, ordenar que se haga algo. Tienen, pues, una connotación conminatoria. Sin embargo, bien se ve que no es lo mismo lo que se dice con una que con otra. Lo de subrogar se libra generalmente de los equívocos del habla quizá porque es palabra de difícil pronunciación y eso retrae mucho al hablante hispano, además de porque su utilización está casi restringida al ámbito comercial o mercantil. Pero arrogar e irrogar se trastabillan con frecuencia y hacen dudar a más de uno. Así escuchamos que alguien se *irroga* un cargo que no le corresponde o que otro le *arrogó* una soberana paliza a un tercero. Como siempre sucede en estos casos, cuando tales dislates los dice un hablante del común no pasan de ser un motivo de sonrisa para el oyente avisado; pero cuando es -lo cual ocurre demasiadas veces- una persona a la que por oficio o dignidad le es exigible un conocimiento y uso correctos del lenguaje, la cosa raspa en el oído y en las entendederas. Claro que algunos parlamentos de este tipo de sujetos, que hoy proliferan en los medios de comunicación audiovisuales como participantes repetitivos o clónicos en las ubicuas “tertulias”, son sartas de disparates, y lo que más asombra, por lo menos a mí, es que los suelten con absoluta naturalidad y que nadie de los de su alrededor brinque como un resorte para rectificarle en beneficio de la corrección lingüística.

PLURALES SINGULARES.

José Ignacio de Arana.

Cuando de chavales estudiábamos la gramática de la lengua española solíamos armarnos un pequeño lío con las normas de acentuación; que si palabras agudas, llanas y esdrújulas; pero pronto aprendíamos, primero por las dotes didácticas del maestro y luego, y no menos, por las drásticas correcciones a las que aquél sometía nuestros escritos con llamativos tachones en rojo y reprimendas públicas. Tampoco era tan difícil: casi sólo cuatro reglas, como las de la aritmética. Luego de la época de estudios una inmensa mayoría no volvía prácticamente nunca a utilizar el lenguaje escrito con lo que aquel aprendizaje iba cayendo en el olvido. Quienes pasaban a la universidad apenas tenían que escribir en los exámenes y allí, con las prisas y los nervios, tampoco se estaba para muchos detalles gramaticales y ortográficos. Algunos profesores universitarios llevaban esto bastante mal y hasta amenazaban con bajar un punto de la calificación por cada falta de ortografía, pero se demostraba una labor inútil y su postura no la iban a entender ni siquiera muchos de sus compañeros de claustro. Los nuevos medios de comunicación interpersonal, propiciados por la tecnología, han devuelto el uso a ese lenguaje escrito que parecía perdido. Al principio los SMS, que ya hasta nos parecen un método prehistórico de comunicarse; luego los correos electrónicos y, sobre todo, los omnipresentes canales que se engloban en ese neologismo de “redes sociales” y que amenazan con excluir de la ciudadanía y hasta de la convivencia a quienes se resisten a integrarse en uno o en varios a la vez. En todos se “escribe”, pero ¡válgame Dios cómo se escribe! Ha nacido un lenguaje que más que ecléctico es aparentemente ininteligible; y matizo que aparentemente porque hay quien lo entiende, en especial los jóvenes que son sus usuarios principales. Ahí sí que las reglas de gramática y de ortografía –las de caligrafía hace mucho que se las llevaron por delante los teclados– están no sólo ausentes sino puede parecer que hasta proscritas.

Pero estábamos con los acentos. El acento prosódico permanece en la misma naturaleza de la lengua. Salvo casos contumaces de analfabetismo funcional, que los hay, se habla acentuando correctamente las palabras. Pero he aquí que nuestro idioma, supongo que igual que otros, se guarda alguna trampa para pillar incautos. En este caso se trata de algunas palabras, muy pocas, que tienen la particularidad de que al transformarse en plurales cambian la sílaba en que se acentúan lo que

provoca frecuentes pronunciaciones incorrectas; es más, a veces hay quien al oírlas pronunciar como se debe pone cara de extrañeza creyendo que el hablante ha cometido un disparate. Los ejemplos clásicos, que también nos enseñaban en el colegio –al menos en el antiguo bachillerato- son los siguientes: Carácter, que se convierte en caracteres; régimen en regímenes; y espécimen en especímenes. En ellas, no obstante, se mantiene la sílaba tónica; la primera sigue siendo llana y las otras dos esdrújulas. Son los plurales “singulares” a los que me refería en el título.

LACTARTE.

José Ignacio de Arana.

Todo lo bueno que se diga de la lactancia materna será siempre justo. Pero además puede ser bello. El pediatra madrileño Miguel Zafra Anta, que ejerce su especialidad en el Hospital Universitario de Fuenlabrada, ha tenido la magnífica idea de reunir en un libro (*Lactarte*. Exlibris Ediciones, Madrid, 2013) una extraordinaria colección de poesías de todos los tiempos dedicadas a esa función inherente a la maternidad. Salidas de la pluma y del corazón de cuarenta autores, incluido el mismo Zafra, es un muestrario entrañable de lo que el acto de alimentar al hijo con su propio cuerpo, que la madre hace con naturalidad, aunque a veces con mucho esfuerzo y sacrificio, despierta en el sentimiento de los artistas de la palabra, del lenguaje. Todos los que hemos tenido hijos hemos conocido esa escena de ternura inigualable del niño agarrado al pecho materno absorbiendo la vida en cada chupeteo. La mujer lactante en esos momentos se transforma incluso físicamente. Nunca he visto a ninguna que mientras da el pecho a su hijo no me pareciese guapa. Algo como un nimbo la rodea embelleciendo su figura; y esto no es poesía; es realidad contrastada hasta por la ciencia que podría hablarnos de los procesos hormonales y vegetativos que se acumulan durante ese tiempo en la mujer. Por unos minutos no hay nada en el mundo más que esa madre y su hijo; todo lo que les rodea sobra y no pocas veces incomoda. Hace unos años, uno de esos gerifaltes municipales que tanto abundan en nuestra patria quiso prohibir, por decreto surgido de sus reales y estúpidas entendederas, que en su ciudad las madres dieran el pecho en lugares públicos, alegando que era una falta de recato y una exhibición poco menos que indecente del cuerpo femenino. La ordenanza, claro está, no surtió efecto porque a ver quién es el agente de la autoridad capaz de interrumpir, y hasta sancionar, a una madre que ejerce, donde le viene en gana o en oportunidad, su misión más digna y meritoria. Como alguien dijo, en este país no cabe un tonto más.

En las páginas de este libro (cuyos derechos el autor ha cedido íntegramente a UNICEF) podemos disfrutar de poemas de Miguel Hernández (sus apabullantes *Nanas de la cebolla*), Lorca, Unamuno, Gabriela Mistral, Gloria Fuertes, Fray Luis de León, Lope de Vega o Quevedo; pero también del autor de los *Salmos* bíblicos, de Satoko Tamura o de Alfredo de Musset; sin que falten los versos anónimos que el

pueblo llano ha sabido siempre recitar o cantar admirando, y queriendo acompañar a su modo, a una madre y a su hijo.

La obra contiene algunas ilustraciones hechas por los hijos de Miguel Zafra con las sugerencias de su padre que le confieren un valor añadido de bibliofilia. *Lactarte* es un libro que merece su recomendación, desde luego a las madres, pero también a los médicos, pediatras o no, que podemos comprobar cómo un asunto que nos atañe de cerca pues se trata de una función fisiológica, se puede sublimar con la buena literatura. El lenguaje al servicio de la medicina.

PRAVEDAD.

José Ignacio de Arana.

Parece una palabra de trabalenguas y, sin embargo, pravedad es castellano puro y estuvo en boca de los españoles durante mucho tiempo, hasta que cayó en el olvido del lenguaje quizá por el destierro del concepto al que aludía. Del latín *pravus*, deforme o mal hecho, con ella se hacía referencia, nos instruye la Academia, a la iniquidad, la perversidad y la corrupción de costumbres. Quedan como recuerdo, también de poco uso, el adjetivo depravado, que vale por “demasiado viciado en las costumbres”; depravar que es “viciar, adulterar, pervertir, especialmente a alguien”; y depravación como “acción y efecto de depravar”. Durante los siglos XVI y XVII especialmente se hablaba de forma muy particular de “herética pravedad” para referirse a la apostasía de los judíos y mahometanos conversos, sobre todo de los primeros y sobre ella la Santa Inquisición dictó numerosos decretos y sentencias en todos los lugares donde tenía autoridad.

La crítica, a veces jeremíaca, sobre el desplome de los valores morales de una sociedad, sobre todo por los empujones que les prodiga su población más joven, no es cosa de hoy aunque nos lo creamos. Leer los textos de Aristóteles, Séneca, Marco Aurelio, Tomás de Aquino, Shakespeare, Voltaire, Goethe... es encontrar permanentemente casi los mismos argumentos; sus palabras valdrían, sin apenas cambiar alguna mínima circunstancia de cada época, para la nuestra. Si la cosa se tratara de una enfermedad cabría deducir que no es demasiado grave cuando el enfermo, la sociedad, no ha muerto de ese achaque en tanto tiempo de padecerlo. No obstante, sabemos que no toda enfermedad ha de ser mortal para que adquiera tintes de gravedad. El dolor y la parálisis de los sentidos son causa suficiente para considerar un mal como severo, al menos, claro está, para quien lo sufre. Y quizá uno de los males peores, social e incluso individualmente hablando, sea el perder de vista algunos, unos pocos, no demasiados, que tampoco es necesario exagerar, de los principios éticos que están inscritos en el derecho natural, esto es, en el “conjunto de primeros principios de lo justo y de lo injusto, inspirados por la naturaleza”. Si miramos a nuestro alrededor buscando alguna diferencia con las situaciones descritas por los escritores antes citados, por el gusto de ser algo originales, vamos a encontrar quizá una que parece significativa: no son sólo los estratos más jóvenes de nuestra sociedad quienes hacen tábula rasa, como si fuera un condicionante genético de los pocos años, de la escala de valores derivada de

aquel derecho natural; somos todos y entre ese “todos” se incluyen los que por su situación tienen la obligación de ejercer el magisterio de las costumbres. Hoy sería disparatado, por ininteligible, hablar de pravedad, pero otro término ha venido a sustituirlo en el lenguaje al uso: relativismo. Un faro no es importante ni por su altura ni por la intensidad de su luz, sino porque siempre se mantiene en el mismo sitio sirviendo de referencia a los navegantes. Si la posición del faro es sólo relativa, si puede estar ahora aquí y luego en otro lado, pierde su valor y el naufragio es seguro. ¿Ha pasado la enfermedad a ser mortal al atacar a los auténticos centros vitales?

MALOGRADO.

José Ignacio de Arana.

Se suele escuchar o leer, cuando fallece algún personaje destacado en cualquier actividad pública, pero sobre todo si ésta fue creativa, adjudicar al protagonista de la necrológica el adjetivo de “malogrado”. Luego resulta que el fallecimiento se produjo a una edad avanzada e incluso proveya y entonces el calificativo pierde su sentido. Bien está hablar, en música por ejemplo, de los malogrados Mozart o el español Arriaga, muertos en la treintena; en literatura de Byron, Larra, John Keats o John Kennedy Toole que andaban por una edad similar; y así podríamos repasar la historia, con individuos como Alejandro Magno, Rafael Sanzio y tantos otros. Pero aplicar la coletilla de “malogrado autor” a los fallecidos añosos es absurdo. Por cierto que, con esos jóvenes siempre cabe una meditación quizá no demasiado optimista sobre la naturaleza humana. De haber seguido viviendo, ¿hubieran continuado haciendo obras geniales? Adentrarse en este pensamiento es hacerlo en el campo de la ucronía, siempre tentador como ejercicio intelectual, pero sembrado de trampas que lo hacen realmente impracticable. ¿Cómo serían la sinfonía nº 42 de Mozart o la segunda novela de Toole? Si malograr es, dicho de una persona o una cosa, “no llegar a su natural desarrollo o perfeccionamiento”, ¿por qué dudar de que estos individuos, en su corta vida, llegaron al culmen de su potencial creativo? Conocemos casos, sí, como Miguel Ángel, que en lo que para otros sería senilidad improductiva siguieron dando al mundo obras extraordinarias: su Piedad del Duomo de Florencia, esculpida a los ochenta años nada tiene que envidiar, sino quizá todo lo contrario, a la más popular del Vaticano que hizo a los veinticuatro. Pero cuántas otras veces al ver o leer obras tardías no hemos sentido una íntima decepción y ha cruzado por nuestra mente la pregunta de ¿por qué este hombre o mujer no colgaría hace ya tiempo la pluma, los pinceles, el escoplo...?

Otra acepción del término malogrado es la utilizada popularmente para definir los embarazos que finalizan en aborto o en la muerte intrauterina del feto. Aquí sí es aplicable porque se refiere a un objetivo previsible, el nacimiento normal, que no se ha logrado. En lenguaje agrícola también se dice que se malogra una cosecha a la que las inclemencias meteorológicas no permiten llegar a su grado de sazón. Ambas situaciones, embarazo y cosecha, dejadas a su evolución natural alcanzarían un éxito. ¿Podemos decir lo mismo de las personas a las que antes me he referido? Viene a la memoria el sabio dicho de que “nadie muere la víspera”.

CALIGRAFÍA.

José Ignacio de Arana.

Los cuadernos Rubio para el aprendizaje de la caligrafía, por los niños escolares españoles han pasado al recuerdo de generaciones pasadas o a prestar su imagen para libros que recogen antologías de añoranzas (como el reciente *Yo fui a EGB*, de Javier Ikaz y Jorge Díaz editado por Plaza & Janés). Hoy apenas se dedica un corto tiempo a la enseñanza de esta disciplina y en los centros, cada vez más, en lo que se ha impuesto el uso desde la más temprana niñez de las denominadas *tablet*, supongo que todavía menos. Realmente casi nadie escribe ya a mano y hasta el rellenar un impreso administrativo se nos hace un trabajo cuesta arriba con el bolígrafo en ristre. Por cierto, que el invento para éstos y tantos otros documentos del papel “autocopiativo”, que exige ejercer una mayor presión en el acto de escribir ha contribuido de manera fundamental a la casi desaparición de la escritura con pluma estilográfica, aunque todavía quedemos algunos nostálgicos aferrados a ella. Y cuando hablo de los cuadernos Rubio, de portada azulona, podría hacerlo seguramente de su equivalente en casi todas las naciones de nuestro entorno cultural y educativo. Apenas queda como resto caligráfico la firma y su correspondiente rúbrica, palabra esta última que, como se sabe, hace mención al color rojo de la tinta utilizada en los antiquísimos pergaminos por los amanuenses de entonces para poner el nombre de quien refrendaba el documento.

La caligrafía, sin embargo, desde que fue empezada a usar por las personas individualmente y no a través de la ensayada manera de los amanuenses, ha constituido un espejo en el que se ven reflejadas muchas de las características anímicas y de carácter del sujeto. Esto se ha empleado con buenos resultados en la práctica forense. La pericia caligráfica, toda una ciencia difícil de aprender y más aún de manejar, ha sido de gran ayuda en la administración de justicia; aunque también se ha desbocado en el mundillo de la psicología de “revisteo” en forma de “grafología”, utilizada por unos pocos profesionales y unos muchos charlatanes.

Una forma de destrozar una buena caligrafía era la práctica universitaria de “coger apuntes” que posiblemente esté en la base, como he comentado alguna vez, de la casi paradigmática “mala letra” de los médicos que hicimos la carrera con ese procedimiento. Pero de un tiempo acá, muchos alumnos acuden a nuestras clases provistos de ordenadores portátiles con lo que ni siquiera ahí ejercitan el viejo “arte de trazar correctamente los signos de la escritura”.

ETCÉTERA.

José Ignacio de Arana.

Ésta es quizá la expresión latina más utilizada en el lenguaje común. Formada de la unión de las palabras *et*, la conjunción latina “y”, y *cetera*, “lo demás”, es una voz que se emplea para interrumpir el discurso indicando que en él se omite lo que quedaba por decir y se puede sobrentender; normalmente se usa su abreviatura *etc.* Es, desde luego, la más utilizada, pero con mucha frecuencia se hace erróneamente. Así, hay dos ejemplos de mal uso demasiado habituales. El primero es decir “y un larguísimo etcétera”, como para dar más énfasis a aquel discurso dejando a la imaginación del oyente un sinnúmero de objetos, conceptos o aclaraciones; es, pues, un pleonismo, una tautología. El segundo, usado con la misma intención retórica, es la repetición: “etc., etc., etc.”, o sea, “y lo demás, y lo demás y lo demás”, que dicho así en castellano suena bastante mal.

A propósito de esta coletilla lingüística, el hoy injustamente olvidado autor José M^a Pemán estrenó en 1958 una obra de teatro, calificada por los críticos de entonces como “farsa atrevida y desvergonzada”, titulada *Los tres etcéteras de don Simón*. En tiempos de la ocupación de España por las tropas napoleónicas, Don Simón Belalcázar, un hombre cultivado, mujeriego y vividor, es nombrado Gobernador General de la Provincia de Jaén, y en calidad de tal, visita el pequeño pueblo de La Fernandina. El pueblo se apresta a atender al visitante de la mejor manera posible. Sin embargo, un emisario de José Bonaparte advierte al alcalde, Lucas Tinajero, de lo que debe preparar para recibir al gobernante: “alojamiento, comida, buen vino, etcétera, etcétera, etcétera.” El alcalde, hombre rústico que desconoce el significado de esa palabra, cree que “las etcéteras” son mujeres de vida fácil y a partir de ahí se complica la situación porque en el pueblo no hay mujeres de esa clase y han de representar su papel honradas familiares del regidor municipal.

El etcétera debe usarse con cierta precaución y según sea el auditorio. Desde luego no debería hacerse nunca para disimular desconocimiento de una cuestión dejando en la nebulosa de esa palabra datos que no se atreve el hablante a decir porque los ignora por completo; evita, por supuesto, enumeraciones largas y cansinas, hace un brindis a la inteligencia de quien escucha, pero no pocas veces es un recurso de mal orador que el bueno dosifica. Sin llegar a los extremos del buen alcalde de Pemán, quién sabe lo que alguno entenderá por un sencillo etcétera.

LENGUAJE DE LOS PEDIATRAS.

José Ignacio de Arana.

Cada especialidad médica puede aducir peculiaridades en la desenvolvura de su actividad que la diferenciarán de otras ramas de nuestra profesión. No se trata tanto de conocimientos específicos de uno u otro sistema orgánico o del uso de métodos y técnicas especiales para el diagnóstico o el tratamiento de sus respectivas patologías, como de lo particular del grupo de pacientes a quienes va dirigida su atención. La enfermedad puede, y de hecho lo hace a menudo, distinguir notablemente a unos pacientes de otros en su relación con el médico: su actitud, su sinceridad a la hora de comentar su dolencia y sus antecedentes, su aceptación y seguimiento de la terapéutica indicada... y su lenguaje así como el que el médico debe utilizar para ese contacto tan íntimo, personal e incomparable que es la consulta; un lenguaje verbal por lo común, escrito a veces, pero también lenguaje corporal por una parte y la otra, que en no pocas ocasiones resulta muy importante en ambos sentidos.

Pero si hay una especialidad que reúne unas características absolutamente distintas a todas las demás, ésa es la pediatría. Los pediatras utilizamos con frecuencia una afirmación que puede parecer una broma pero que contiene un argumento fundamental: “los niños no son adultos bajitos”. El contacto del médico con el niño enfermo se hace habitualmente, es cierto, hablando con los padres, pero los pediatras sabemos que no termina en eso ni mucho menos la relación verbal con nuestro paciente. Hay que hablar también con él aunque, claro está, a su modo. No se trata de utilizar un lenguaje infantiloides como el que muchos adultos adoptan cuando se dirigen a un niño, lleno de extrañas onomatopeyas y raras palabras sin sentido, como si hablaran con un tonto: sería ridículo porque, entre otras cosas, el niño “podrá ser pequeño, pero no es tonto”, otra afirmación llena de sentido. Hay que adaptar el vocabulario a su nivel de comprensión, liberándolo de todos los tecnicismos a los que tan mal acostumbrados estamos los médicos en nuestra conversación cotidiana como tantas veces se ha comentado con reproche en este laboratorio. Además, en el trato con el niño el lenguaje no verbal al que antes me he referido adquiere una importancia singular. Los niños entienden mejor los gestos que las palabras y un ademán de afecto y de cariño puede desmontar sus recelos a la hora de explorarlo, maniobra que puede llegar a ser desesperante o absolutamente imposible para un médico sin costumbre de manejarse con niños; bien lo saben

nuestros colegas habituados a tratar con adultos dóciles y entregados sumisamente a las manipulaciones de una exploración clínica. El pediatra hace sentirse al niño, al mayorcito, claro, como el protagonista de la consulta aunque preste oído atento a las explicaciones de los adultos que lo acompañan. Este tipo de comportamiento se aprende en buena parte, por supuesto, pero sobre todo se apoya en una cualidad que acompaña, creo, a la inmensa mayoría de los pediatras: nos gustan los niños y por tanto no nos agobia su trato.

CRITICAR.

José Ignacio de Arana.

Otra vez a vueltas con la polisemia del idioma español. El verbo criticar tiene dos acepciones, naturalmente emparentadas en origen pero bien diferentes en el sentido con que el lenguaje las suele utilizar. La primera es “juzgar de las cosas, fundándose en los principios de la ciencia o en las reglas del arte”. La segunda, “censurar, notar, vituperar las acciones o conducta de alguien”. ¿Qué entendemos cuando se dice que fulano nos ha criticado o que el comportamiento de mengano es criticable? Pues, generalmente, la última de esas dos definiciones. Y casi siempre para mal. Lo de la crítica literaria, pictórica, musical, arquitectónica, etcétera, como actividad intelectual, importante en el mundo de las artes, aunque menos, quizá, de lo que se piensan sus practicantes, no es algo que los españoles sigamos con demasiado interés; y, no obstante, los “suplementos de fin de semana” de la prensa se han convertido en auténticas “guías culturales” de buena parte de la población, aunque ello traiga consigo la masificación de exposiciones, recintos históricos o incluso paisajes naturales. El turismo de “suplemento dominical” ha hecho más daño que bien a la verdadera cultura, pero eso, como diría Kipling, es otra historia. No creo que necesitaran, ni tuvieran, críticos “profesionales” los constructores de catedrales ni los pintores del Renacimiento o los escritores del XIX, el siglo de la gran novela.

Criticar es para nosotros decir sólo lo mal que hace o que ha hecho las cosas el prójimo, y cuanto más cercano, más duros seremos en ese juicio. La labor no es difícil: desde la barrera o la andanada se ven los toros de otra forma que en el albero. Además sólo hace falta un poco de soberbia y otro poco de envidia, materiales ambos de los que estamos sobrados en esta tierra por la que ya avisó Antonio Machado que vaga errante la sombra de Caín. Por definición, quien hace las cosas o piensa distinto de mí, está equivocado y hay que vapulearle si se puede; que de un modo u otro, se puede siempre. Sin embargo, y como la condición humana tiende a la mezquindad, con perdón de Rousseau y sus seguidores buenistas, la vocación de crítica acerba se suele enmascarar con uno de los disfraces más viles: la hipocresía. “Qué bien te veo, qué guapa estás con esa ropa, qué ponencia tan magnífica, qué merecido tienes el galardón...” Y socapa, la crítica feroz que manifestaremos en cuanto el interesado se aleje un poco de nuestra conversación: “qué viejo está, ¿no se habrá mirado en un espejo?, ¡vaya ponencia

tan insulsa!, ¡a cualquiera le dan hoy un premio!”. Claro que a no ser así se aprende desde la cuna y desde la escuela como casi todas las cosas que conforman el carácter. Yo siento envidia (palabra a la que en España hay que adjetivar de “sana” para no incurrir en grave incorrección ética) de los estadounidenses que desde niños saben alegrarse sinceramente del éxito, por nimio o insustancial que sea, de sus conciudadanos; saludan con sonrisa de anuncio de dentífrico cualquier triunfo ajeno. Lo que aquí consideramos como crítica tiene mucha relación con la dentera y poco con el deseo de emulación o con el de corregir benévolamente defectos en los otros.

EL VERSO Y LA MEMORIA.

José Ignacio de Arana.

Yo poseo un libro curioso. Es el *Catecismo Ripalda rimado* de Don Pablo Antón Moreno, Teniente Mayor de la Parroquia de N^a S^a del Buen Consejo de Madrid, editado en 1930. Se presenta como "versificado y cantable" por su autor quien expone en la introducción cómo se le ocurrió la idea durante sus clases de catequesis a la infancia, viendo que los niños recordaban mejor las enseñanzas si éstas se hacían en verso y ajustándolas a una musiquilla pegadiza y fácil de aprender. En realidad este método lo hemos utilizado todos en un momento u otro de nuestro proceso educativo. Las tablas de multiplicar, los ríos de España y sus afluentes, la tabla de elementos químicos y, en el caso de los médicos, hasta los huesos del cuerpo y las listas de microbios. Algo tiene, en efecto, la rima, sea en consonante o en asonante y con más o menos ripios, que permite al cerebro ordenar más sistemáticamente los conceptos que luego deben ser repetidos en un determinado orden.

La versificación que utiliza Don Pablo Antón en su Catecismo no pasa de ser una sucesión de pareados. Veamos un ejemplo tomado del capítulo que dedica a los Mandamientos noveno y décimo:

"¿Por qué se vedan con especial Mandamiento las codicias deshonestas y de hacienda?

»Deseos deshonestos / y de hacienda también / son los más peligrosos / que podemos tener. / Son los malos deseos / de tan ruin condición / que se hallan prohibidos / en Mandamientos dos."

En otro lugar regala a sus discípulos con sentencias que rezuman encanto.

"El que tiene un oficio / deberá conocer / la obligación que tiene / para cumplirlo bien. / Nadie por ignorancia / quebrante su deber: / quien no sabe su oficio / no debe estar en él."

Los nuevos métodos educativos de la infancia han desterrado el uso de la memoria como principal utensilio de aprendizaje; se pretende estimular la comprensión, el raciocinio, y eso está muy bien. Pero cuántas veces nos sucede que en un instante necesitamos recordar un dato en nuestro quehacer diario y nos esforzamos en traerlo a la memoria con ejercicios de deducción, sin que ese dato esquivo aparezca en su lugar. Sin embargo, si lo aprendimos dentro de una de esas series "versificadas", basta con que entonemos mentalmente la "musiquilla" para que

de inmediato se nos haga la luz. Por eso, quizá, no fuera malo que, sin renunciar a los nuevos métodos educativos, se reservara un pequeño espacio a educar la memoria de los niños con sencillos ejercicios como los que propone el bienintencionado catequista del Ripalda rimado.

LENGUAJE DEL ROMÁNICO.

José Ignacio de Arana.

En realidad vivimos absolutamente rodeados de símbolos sin que apenas nos demos cuenta de ello. Consideremos el uso de la escritura. Los signos de la escritura, las letras y la unión entre unas y otras, no son más que un convencionalismo para representar sonidos de la voz o conceptos cuyo significado se pierde en la historia. Incluso en los orígenes de la escritura alfabética, creada hace más de tres mil años por los fenicios, cada letra representaba un objeto. Esta forma de entender la escritura como una serie de símbolos perfectamente traducible para una mayoría de personas nos va a servir para explicarnos gran parte del lenguaje románico. También la escritura utiliza un número muy limitado de signos, sólo veintiocho, en el caso de la lengua española y en la mayoría de los idiomas de nuestro entorno cultural. Lo que otorga la casi infinita variedad de significados no es, pues, el número de signos sino sus distintas combinaciones, es decir, la posición de cada uno de ellos en el conjunto de una palabra y su relación con los demás. Claro que no siempre será fácil "leer" el lenguaje simbólico presente en una fachada o en una serie de capiteles de un claustro románico. Pero pensemos que estamos intentando "leer" un libro muy antiguo en el que muchas veces se han perdido palabras, o letras, o éstas están deterioradas lo que hace casi imposible su interpretación.

La universalidad de estos patrones permite que sean entendidos sin necesidad de traducción por hombres y mujeres de muy dispare tiempos y culturas. Con razón decía Jung que "quien se expresa con arquetipos habla mil lenguas". Sabiendo esto sorprende menos que siendo el románico un arte extendido por casi toda Europa entre las diversas naciones que, sin embargo, hablaban idiomas muy dispares, las imágenes utilizadas sean siempre tan semejantes. Lo que realmente hacían todos aquellos artistas era utilizar ese lenguaje común que podríamos calificar como un *esperanto* del arte. Eso facilitaba por añadidura que tal lenguaje fuese entendido sin excesiva dificultad por los destinatarios de la construcción. La Edad Media es un tiempo de grandes movimientos humanos que hoy nos parecen casi imposibles con los medios físicos a su alcance. Todas esas personas iban pasando de uno a otro de los lugares: iglesias, monasterios, catedrales, sencillas ermitas, y veían plasmados en sus muros y hasta en los más elementales detalles de su construcción los mismos símbolos que les hablaban de una realidad trascendente ya conocida desde sus lugares de partida. Las gentes con las que se cruzaban podían hablar cien lenguas, pero la piedra siempre hablaba la misma.

SAN LUCAS, MÉDICO ESCRITOR.

José Ignacio de Arana.

Lucas había estudiado medicina en Antioquía; luego amplió sus conocimientos médicos en Grecia y en Egipto donde pudo tener acceso a muchos de los saberes de aquellos pueblos. En Antioquía lo encontró san Pablo cuando llegó allí en uno de sus viajes y cayó enfermo de gravedad. En el tiempo en que Lucas, gentil, es decir, no hebreo de raza ni de religión, atendió profesionalmente al judío Pablo éste logró su conversión al cristianismo y además se forjó entre ambos una amistad que iba a perdurar para siempre a salvo de persecuciones, cárcel y martirio. San Pablo le cita en varios de sus escritos: "Lucas, el médico queridísimo" (*Colosenses* 4,4), "Sólo Lucas está conmigo" (*Timoteo* 4,11). Lucas acompañó a san Pablo en todos sus viajes atendiéndole en los múltiples achaques físicos que éste padeció durante su vida. Por fin, a los ochenta y cuatro años de edad, fue martirizado en la ciudad de Patrás. La iconografía medieval y renacentista representa a san Lucas en muchas ocasiones ataviado con los ropajes característicos de los médicos de esas épocas y con una redoma de orina en las manos. Las facultades de medicina europeas lo tienen por santo patrono.

Pero Lucas no sólo ejerció como médico. Era sin duda un verdadero humanista formado como tal en los cultos ambientes de Antioquía. Como escritor elaboró dos de las obras fundamentales del Nuevo Testamento: el tercero de los Evangelios sinópticos y los *Hechos de los Apóstoles*. Su Evangelio está destinado a instruir a los judíos y gentiles entre quienes extendió su predicación san Pablo; por eso es el que menos referencia tiene a los textos y a las tradiciones de Israel que serían casi por completo ignorados por sus destinatarios. Por contra, el Evangelio de Lucas narra con más detalle que ninguno el nacimiento, la infancia y los primeros años de Jesús y en él encontramos datos tan populares como la Anunciación, la Visitación, la adoración de los pastores o el entrañable episodio del niño Jesús perdido de sus padres durante la visita de éstos a Jerusalén. También Lucas incluye algunos de los textos más célebres que forman parte del rezo canónico de las Horas litúrgicas según la más antigua tradición de la Iglesia: el *Magnificat*, el *Benedictus* y el *Nunc dimittis*. Por las reiteradas referencias que hace de la Virgen y los detalles a veces muy íntimos que deja traslucir del pensamiento de María, una viejísima tradición cristiana nos dice que la madre de Jesús, recogida en sus últimos años en

casa del apóstol Juan, conoció allí a Lucas y que fue ella misma quien le relató todas esas minuciosidades. Los *Hechos de los Apóstoles* narran en gran parte los viajes de san Pablo en los que Lucas hacía de cronista; pero también son una importante fuente de información sobre la primitiva iglesia y los problemas que ya entonces surgían en su seno.

PALÍNDROMOS.

José Ignacio de Arana.

Cuando al torero Rafael Guerra, “Guerrita” –otros atribuyen la anécdota a Rafael Gómez, “el Gallo”-, le presentaron en una ocasión a don José Ortega y Gasset, al decirle éste que era catedrático de metafísica, respondió: “*hay gente pa tó*”. Esta verdad indiscutible nos viene a la cabeza al saber de algunas aficiones, como por ejemplo ciertos coleccionismos, que, al menos en un principio, chocan con las nuestras o las que nos son más próximas. Es el caso, merecedor de una probeta en este laboratorio, de los coleccionistas de palabras. Y como en cualquier trabajo hay especialidades, hoy me voy a detener en quienes dedican su esfuerzo a recolectar, seleccionar y clasificar palíndromos. Este vocablo procede del griego πάλιν, de nuevo, y δρόμος, carrera, y significa “palabra o frase que se lee igual de izquierda a derecha, que de derecha a izquierda”. Todos aprendimos de niños, como un juego, las palabras “anilina” o “reconocer” y las frases “dábale arroz a la zorra el abad” y “ámame mamá”. Pero asombra la cantidad de palíndromos que se pueden encontrar en los textos a los que hay que añadir los que el aficionado crea de su propia cosecha. Uno de estos estudiosos es Víctor Carbajo (www.carbajo.net), un músico de profesión que ha publicado en Internet varias obras sobre la cuestión. Recomendando acceder a esa página porque se pasará un rato muy entretenido disfrutando de esa extraña peculiaridad del lenguaje; un juego si se quiere, pero no por ello menos interesante e instructivo para quienes amamos esta forma de comunicarse.

Algunos ejemplos, para tentar al lector: “Acurruca”, “Rajar”, “Sopapos”, “Sometemos”, “Adán no calla con nada”, “A mí me mima”, “A ti no, bonita”, “Amad a la dama”, “Échele leche”, “Se es o no se es”, “Somos o no somos”.

Para mezclar la curiosidad con el misterio traigo aquí un palíndromo que ha suscitado muchas divagaciones entre los estudiosos de la historia del lenguaje y al que dedica un detallado estudio la recomendable página de Internet www.historiaclasica.com Se trata de una inscripción latina que se ha encontrado en numerosos yacimientos arqueológicos especialmente del siglo I, como Pompeya y Herculano, Siria, Malta y hasta Inglaterra. Está formada por cinco palabras, de dudosa traducción, colocadas en cuadro de modo que puede leerse en cualquier sentido

SATOR
AREPO
TENET
OPERA
ROTAS

La traducción aproximada sería algo así como "el sembrador Arepo mantiene las ruedas con destreza" Pero ¿por qué habría de inscribirse esta frase sin sentido en lugares tan distintos? Dice el autor de la citada página que "entre 1924 y 1927, tres eruditos descubrieron, independientemente, que las letras podían ser recolocadas en forma de cruz.



Es decir, se puede componer una cruz formada por dos Pater Noster y dos A y O, alfa y omega. El conjunto es un símbolo del primitivo cristianismo que probablemente se utilizaba como señal secreta de aquellos primeros seguidores de Cristo en una sociedad que los perseguía enconadamente.

REFRANERO (I).

José Ignacio de Arana.

Los asuntos de salud, enfermedad, médicos y medicinas suelen estar presentes en un gran número de conversaciones, o en todas si se prolongan el suficiente tiempo. No es extraño, pues, que este hábito universal haya ido destilando a lo largo de los siglos y lo ancho de las culturas un poso de sabiduría que queda expresado en el lenguaje popular en forma de frases breves y sentenciosas, en refranes. El mayor recolector de refranes en lengua castellana, don Francisco Rodríguez Marín (1855-1943) que fue director de la Biblioteca Nacional y luego, hasta su muerte, de la Real Academia Española, alcanzó a reunir varias decenas de miles.

En cuanto a la misma definición de lo que es un refrán, citaré nada más que tres. En primer lugar la breve, lacónica, que nos da la Real Academia: “Dicho agudo y sentencioso de uso común”. Doña María Moliner nos explica en su *Diccionario de uso del español* que significa: “Cualquier sentencia popular repetida tradicionalmente con forma invariable. Particularmente las que son en verso o con cierto ritmo, consonancia o asonancia, que las hace fáciles de retener y les da estabilidad de forma y de sentido figurado.” Rodríguez Marín nos da una definición más exacta: “Es un dicho popular, sentencioso y breve, de verdad comprobada, generalmente simbólico, y expuesto en forma poética, que contiene una regla de conducta u otra cualquiera experiencia.”

Centrándonos ya en los refranes que aluden a la salud y entre los cuales la figura del médico aparece con frecuencia, y no siempre para bien, su origen lo describe otro gran estudioso de esta cuestión, el doctor don Antonio Castillo de Lucas (1898-1972), de esta manera en su libro *Refranes de medicina* publicado en 1944: “...unos en la observación directa de la naturaleza, sea la función fisiológica del hombre o la evolución de sus enfermedades; otras veces proceden de reglas que oyeron a médicos famosos, muy dados en lo antiguo a esquematizar, y aun en el presente: tales son los aforismos hipocráticos, sentencias galénicas, consejos arábigos como de Averroes o Maimónides, y de estas reglas o consejos el pueblo tomó la idea, y al través de su imaginación, con la gracia de su ingenio y la flexibilidad de la lengua materna, construyó los refranes (...). Otras veces toman su origen de los libros sagrados.”

La primera obra dedicada en exclusiva a refranes médicos –el primer compendio español de paremiología lo escribió varios siglos antes el Marqués de Santillana- es la titulada *Medicina Española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, publicada en 1616 en Granada, en cuya universidad fue libro de texto

obligado por mucho tiempo, por el doctor Juan Sorapán de Rieros, un médico que había estudiado en los hospitales del monasterio de Guadalupe. Dice el autor en la portada del libro que esta obra es “muy provechosa para todo género de estados, para filósofos y médicos, para teólogos y juristas, para el buen regimiento de la salud y más larga vida.”

REFRANERO (II).

José Ignacio de Arana.

En la relación que yo traigo a estas páginas, necesariamente sucinta y por ello inevitablemente incompleta, haré también algunos comentarios sobre ciertos refranes; otros se comentan por sí solos y, ya que estamos de refranero, diré que a buen entendedor con pocas palabras basta.

- *A cada uno le parece que su mal es el más grande.* Esto da lugar en ocasiones a verdaderas competiciones, en las salas de espera de los consultorios o en las de los hospitales, entre pacientes que describen con todo lujo y demasía sus propios padecimientos procurando poner de manifiesto los aspectos más alarmantes o truculentos con el fin de sobrepasar a los que le está contando su vecino.

- *Aceite y vino, bálsamo divino.* Sin duda este refrán hace alusión a prácticas médicas muy antiguas. El evangelista san Lucas, que por algo era médico, es el único que narra la parábola del buen samaritano en la que éste aplica ese remedio a las lesiones del judío herido en el camino de Jerusalén.

- *Acorta tus deseos y alargarás tu salud.*

- *Acostarse temprano y levantarse temprano, hace al hombre activo, rico y sano.* La sociedad entera española, al igual que el resto de las mediterráneas, quizá estimulada por la climatología o por la mayor sociabilidad de sus gentes, ha sido y sigue siendo, a pesar de los cambios en los horarios laborales, de costumbres nocherniegas, algo que siempre ha sorprendido a nuestros vecinos de más al norte.

- *A donde no hay remedio, haya paciencia.* Un consejo de difícil receta y de aún más difícil cumplimiento. Algo parecido dejó escrito Cervantes en *El Quijote*: “Si tus males tienen remedio, ¿por qué te preocupas?, y si no lo tienen, también ¿por qué te preocupas?”

- *Agua de pozo y mujer desnuda, llevan al hombre a la sepultura.* Lo primero, por la frecuente contaminación de las aguas subterráneas, puede ser cierto. En lo segundo tampoco conviene exagerar, caramba.

- *Aire puro y agua clara, harán tu vida sana.* ¿Sabemos lo que es esto los habitantes de las grandes ciudades?

- *A la vejez, se acorta el dormir y se alarga el gruñir.*

- *Al enfermo no palabras bonitas, sino eficaces remedios.* No está lo uno reñido con lo otro y las buenas palabras del médico y de los allegados del enfermo muy a menudo mejoran tanto o más que las medicinas.

- *A los enfermos, los sanos buenos consejos les damos; Al viejo no se ha de preguntar ¿cómo estás?, sino ¿qué te duele?; A más mató la cena que sanó Avicena; A quien en sufrir no es ducho, poco mal se le hace mucho.*

- *A un enfermo melindroso, ningún médico le viene a gusto.* Esto lo sabemos bien quienes de vez en cuando nos tenemos que enfrentar con pacientes gruñones que parecen venir a la consulta en son de guerra y no en busca de ayuda.

REFRANERO (III).

José Ignacio de Arana.

- *Baco, Venus y tabaco, ponen al hombre flaco.* Y a la mujer también, claro. Las autoridades sanitarias son más moderadas en sus amenazas y sólo advierten machaconamente del tercero de estos peligros.

- *Barriga vacía, no tiene alegría; Bendito sea el mal que con dormir se quita.*

- *Buena salsa es el hambre.* Existen otros refranes de igual significado como *A buen hambre, no hay pan duro* o *A pan duro, hambre de dos semanas.*

- *Cada chupetón de teta es un arrugón de jeta.* Otra falsedad que, no obstante, tuvo gran aceptación durante décadas entre muchas mujeres que renunciaban a dar de mamar a sus hijos recién nacidos convencidas por esta sentencia y otras parecidas (*El parir embellece, el criar envejece* o *El parir hermosea, y el criar afea*) de que esa función de lactancia materna iba en detrimento de su belleza física.

- *Cada hora que pasa nos hiere, la última nos mata.* En su versión latina – *Vulnerant omnes, ultima necat*-, esta frase figura escrita en la esfera de viejos relojes de pared, de esos de péndulo, pesas y carillón.

- *Caída, casamiento y catarro, tres “ces” que mandan al viejo a comer barro; Carita de salud y culito de enfermedad.* Se dice de quienes por el rostro aparentan gozar de buena salud pero tienen sus males escondidos.

- *Carne que crece, no puede estar si no mece.* Se lo repito yo a las madres que se quejan de la continua, incansable actividad de sus hijos que a ellas las agota pero que al niño no parece afectarle.

- *Cena bien, bebe mejor, mea claro y pee fuerte, y riéte de la muerte; Comer bien, cagar fuerte, y no haber miedo a la muerte.* Utilizados en algunas de sus obras por don Francisco de Quevedo que no escatimaba los vocablos escatológicos.

- *Comida sin siesta, campana sin badajo; Conciencia vale más que ciencia.* Aplicado a los médicos se entiende que aun siendo el saber científico su principal equipamiento, no es menos importante su condición de “buenas personas”.

- *Con gota, ni gota; Con lo que Juan mejora, Pedro empeora; Con nada está la salud pagada; De cuarenta para arriba, no te mojes la barriga.* Este refrán forma parte y es muy representativo de la mala reputación, y por ello del poco uso, que han tenido en España hasta hace unas décadas los hábitos higiénicos y en especial el contacto con el agua para estos fines.

Podemos citar en este apartado otros refranes como: *Baños, hasta los cuarenta años; Baños, para gente de pocos años;* y el conocido y tantas veces aplicado, como sabemos los médicos, que recomienda *Cada dos meses o tres, debes lavarte los pies.*

REFRANERO (y IV).

José Ignacio de Arana.

- *Dieta, mangueta y siete nudos a la bragueta*. Este refrán parece condensar lo fundamental de los regímenes terapéuticos utilizados y prescritos por los médicos durante siglos. Sorapán de Rieros, en su libro citado *Medicina Española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, dedica el mayor número de páginas a glosar este refrán.

En cuanto al valor de la dieta poco hay que hablar. Lo de la *mangueta* ya es otra cosa. Esta palabra es sinónimo de enema, irrigación o lavativa. Sus indicaciones terapéuticas fueron innumerables en otro tiempo pero hoy quedan limitadas a unas pocas. Sorapán se remonta a Plinio para explicar que el origen de esta forma de remedio se debe a la imitación por parte del hombre de algo que los egipcios veían hacer a su ave sagrada, el ibis del Nilo, la cual “tiene el cuello largo como grulla y, en sintiéndose enferma, enseñada por la sabia naturaleza, llena el largo pico de algún licor, tuerce el cuello y se infunde por la vía de la evacuación el medicamento que lleva con él.” ¿Y los *siete nudos a la bragueta*? Pues aluden a la moderación en la actividad sexual. Veamos en qué consisten los famosos siete nudos: 1) Evitar la mucha comida y bebida, esto es, la gula; 2) huir de conversaciones lascivas entre hombre y mujer; 3) trabajar para ocupar las fuerzas en otros menesteres; 4) evitar juegos, fiestas y en general espectáculos lascivos; 5) no mirar pinturas deshonestas; 6) no leer libros de esa misma condición; 7) contar con el favor de Dios.

- *Dolor contado, al punto aliviado*. Algo debe de tener de cierto este refrán por lo mucho que a la gente le gusta contar, con pelos y señales, sus enfermedades al primero que se cruza en su camino.

- *Donde entra el sol, no entra el médico; Échate a enfermar y verás quién te quiere bien y quién te quiere mal; El tiempo todo lo cura, menos vejez y locura; Enfermedad que no estorba para dormir ni para comer, poco médico ha menester; Jesucristo curó ciegos y leprosos, pero no tontos; Lo que todo lo cura, no cura nada; Más cura una dieta, que cien recetas; Mejor compostura tiene el hueso que el seso; No poco mejora, el enfermo que no empeora; ¿Qué es la vejez? Estornudos, toses y preguntar qué hora es; Quien suda, a la salud ayuda;*

- *Quien tonto nace, tonto yace*. En efecto, no hay enfermedad más incurable que la tontería. Y abunda mucho.

- Ropa que mucho se lava y cuerpo que mucho se cura, poco dura; Salud es para el enfermo la alegre cara del médico; Todo pica para sanar, menos los ojos que pican para enfermar; Un médico, cura; dos, dudan; tres, muerte segura.

Ya ven que hay refranes para todo y para todos los gustos y en muchas ocasiones contradictorios entre sí, lo que les resta credibilidad aunque también permite que cada cual utilice el que mejor convenga a su situación o circunstancias.

LA GOTA DE LECHE.

José Ignacio de Arana.

Éste es el nombre que recibieron a partir de finales del siglo XIX unas instituciones de atención a la infancia llamadas a desempeñar una labor fundamental en el cuidado de una parte de la población infantil durante casi un siglo. Uno de los problemas esenciales de la niñez temprana fue siempre el riesgo de desnutrición en los primeros meses de vida. Si la madre sufría de escasez o ausencia de secreción láctea las dos únicas opciones eran la lactancia artificial con leche animal, de cabra, burra y, menos veces, de vaca, con los consiguientes riesgos metabólicos, entonces sólo intuitos por la medicina de la época, y la lactancia mercenaria que no estaba al alcance económico de la mayoría de las familias. Había que buscar un sistema de proporcionar no sólo alimentación a esos niños sino, al mismo tiempo, instrucción a las madres. Los orígenes de los “Consultorios de Niños de Pecho y Gota de Leche” se remontan al siglo XIX en Francia. La primera consulta que se conoce es la del *Hospital de la Caridad* de París, abierta en 1892 por el francés Pierre Budin. Además de esta consulta, en la que se examinaban y pesaban semanalmente a los lactantes, Budin crea una escuela para madres en la que se enseñaba cómo cuidar al niño. A su vez, el Dr. Variot, profesor de Pediatría del *Hospital de Niños* de París y encargado del *Dispensario de niños pobres* de Belleville, crea una consulta para lactantes en la que atiende a madres que no pueden amamantar a sus hijos, ofreciéndoles la lactancia artificial. El Dr. León Dufour, de Fecamps (Francia, 1894) organiza la “Gota de Leche” para ofrecer alimentación artificial. Esta denominación de “Gota de Leche” se atribuye a una poesía del poeta romántico Alfred de Musset (1810-1857).

En las “Gotas de leche” se estableció asimismo un servicio de donación de leche materna por parte de aquellas mujeres que, lactando a sus propios hijos, tenían suficiente secreción láctea para dar a la institución una parte de la sobrante que, una vez sometida a técnicas de higienización, se distribuiría entre los niños que la necesitaran. Con la creación de estos auténticos “bancos de leche”, además de fomentar la solidaridad entre mujeres lactantes de las más diversas clases sociales, vino a paliarse aquella dificultad, al menos en el ámbito urbano. En España existía el precedente del Dr. Francisco Vidal Solares, que desde 1890 atendía en Barcelona un consultorio gratuito para niños de pecho, a los que dispensaba leche esterilizada y harina, verduras y pan. La primera “Gota de leche” propiamente dicha de la que

tenemos noticia es la de San Sebastián que comenzó su andadura el 15 de agosto de 1903, en uno de los pabellones de lo que sería el Mercado de San Martín. La inauguración oficial fue realizada por S. M. la Reina Madre Doña María Cristina el 28 de septiembre. Un año después, Rafael Ulecia y Cardona, que viajó hasta París y Belleville para conocer de cerca el consultorio y el dispensario, inaugura la de Madrid el 22 de enero, situada en su inicial ubicación en la calle Ancha de san Bernardo. Les siguieron otras ciudades: Sevilla (1906), Bilbao (1906), Málaga (1906), Valladolid (1911), Granada (1916), Córdoba (1916), Salamanca (1919), Ciudad Real (1921), Huelva (1922).

La nutrición pediátrica y la pediatría social fueron, pues, de la mano, en un adelanto de lo que ha sido desde entonces una labor básica en el conjunto de la medicina infantil.

IDEOGRAMAS PARA UNAS PRISAS.

José Ignacio de Arana.

Vivimos absolutamente rodeados de símbolos sin que apenas nos demos cuenta de ello. En la calle, las señales de tráfico, los logotipos de innumerables comercios y empresas, la misma bandera. En nuestra vida casera los signos que sobre el frontal del televisor nos indican con un triángulo o con un sol cuáles son los mandos que regulan el volumen o el brillo del aparato; no digamos en el mundo informático donde la pantalla del ordenador se llena de ideogramas, de *iconos*, que todos entendemos aunque por su propia imagen nada significarían. Todavía es más cotidiano para cualquier persona el uso de la escritura. Los signos de la escritura, las letras y la unión entre unas y otras, no son más que un convencionalismo para representar sonidos de la voz o conceptos cuyo significado se pierde en la historia. Esto está clarísimo en el caso de la escritura jeroglífica de los egipcios o en el todavía vigente de la escritura ideográfica china y japonesa.

Símbolo es un signo que conecta el pensamiento con una realidad distinta a la representada. Originariamente la palabra *símbolo* hacía referencia entre los griegos a un documento partido en dos mitades que se utilizaba para reconocer ciertos compromisos, especialmente los de hospitalidad. En este sentido todos hemos visto muchas películas de espionaje o policíacas en las que dos individuos se reconocen por aportar cada uno la mitad de un billete o de un papel cualquiera y seguro que no se nos había ocurrido pensar que eso era un símbolo en su acepción etimológica más pura. En todo símbolo hay que distinguir entre el significante y el significado. Significante es lo que aparece ante nuestros ojos; significado, aquello que permanece oculto pero que a través del primero somos capaces de entender.

Así pues, los símbolos aparecen por todas partes. Bien está. Pero sería deseable, y hasta quizá exigible, una cierta uniformidad en los mismos y, a la vez, que quienes los diseñan no se pongan demasiado imaginativos a la hora del diseño. Porque los símbolos, en especial los ideogramas (imágenes convencionales que representan un ser o una idea, pero no palabras o frases fijas que los signifiquen), necesitan muchas veces ser interpretados con urgencia, sin tiempo que perder en complejas disquisiciones mentales. El ejemplo serían las señales de tráfico –que sí se han unificado, aunque con pequeñas variantes en ocasiones confusas, en todos los países–; y, sobre todo, unos que inevitablemente rozan la temática escatológica, pero que no por ello son menos usuales y necesarios en la vida cotidiana y, además,

también necesitan una interpretación apresurada. Me refiero a los que se colocan en las puertas de los servicios higiénicos, los retretes, dicho en román paladino. Aquí la ocurrencia del diseñador parece haber encontrado un campo inagotable. Del “señoras” y “caballeros”, así, con todas sus letras, se ha pasado al delirio ideográfico. Zapato de tacón o un boto campero; sombrilla o bastón (¿quién los lleva hoy?); pamera o borsalino o sombrero hongo; falda o pantalón, cuando ahora esta última prenda se ha hecho de uso ambiguo; imágenes lineales que parecen sacadas de algún petroglifo rupestre del levante español... Ganas de mostrar una originalidad disparatada, quizá en el falso convencimiento de que de esa forma se banaliza o disimula lo que hay tras la puerta. Menos fantasía, pensará el apremiado cliente que no es semiólogo, ni necesita serlo en semejante tesitura.

TERCERA EDAD.

José Ignacio de Arana.

Con ánimo sin duda bienintencionado, el Colegio Oficial de Médicos de Madrid ha convocado un Curso que se anuncia así: “Dirigido a todo jubilado o prejubilado que quiere entender su etapa con la mejor salud posible física y psíquica. Objetivos: que los propios mayores cobren identidad y revisen prejuicios para integrarse progresivamente en la sociedad. Metodología: debate grupal para afrontar mejor los nuevos cambios (familiares, económicos, políticos, etc.). Matrícula: 40 €.” La redacción renquea de estilo (¿qué es eso de entender la etapa o cobrar identidad?, ¿y debate grupal?) y, lo que es peor, cae de lleno en el tópico de estratificar la sociedad según edades o, en este caso, situaciones administrativas laborales como es la jubilación. La sociedad es, debería ser, un *continuum* de individuos de todas las edades, desde la niñez a la senilidad, intercambiando formas de pensar y experiencias. La experiencia que cada uno tiene de su pasado no es necesariamente idéntica que la de quienes en cada momento viven una etapa vital ya transcurrida para otros y, por tanto, siempre se puede aprender a la vez que enseñar en este sentido. Lo cierto es que no es así en esta época. Al igual que ha desaparecido lo que se denominaba “familia extensa” en la que convivían varias generaciones de la misma –aunque circunstancias que no es momento de comentar la están revalorizando al menos en su interés económico de subsistencia-, se ha perdido el concepto equivalente de “sociedad extensa”. Como el hombre es un ser gregario por naturaleza, esa división forzada lleva a lo que podríamos denominar “estabulación” por edades. Los jóvenes se reúnen en multitudinarias congregaciones, generalmente alrededor de algo adictivo como el alcohol o cierta música, o todo a la misma vez; los más mayores en agrupaciones de jubilados o de lo que con un eufemismo universalmente repetido dicen “tercera edad”; los del medio, lo que sería entonces, por idéntico argumento, la “segunda edad”, suelen estar, si son afortunados, demasiado ocupados en su trabajo como para formar otros grupos que los muy laxos de colegas de profesión o compañeros de empresa y los que, curiosamente, propician la afición o la práctica deportivas. Esa estabulación a la que me refiero convierte las “residencias” y las excursiones promovidas por instituciones de servicios sociales en auténticas convenciones del acabose; allí los únicos temas de conversación son los remotos recuerdos, agrandados y engañosos por la distancia en el tiempo, y las enfermedades propias, exhibidas siempre con

caracteres no menos fabulosos y tremendos para superar las que cuenta el contertulio en un certamen de penas y dolores.

La separación establecida entre unas edades y otras es cada vez más radical y los límites, naturalmente sin vuelta atrás, los marca una administración que suele ir retrasada en su puesta al día de la realidad biológica y de las modificaciones sociales. Así, un individuo de dieciséis años, con fuerza y mañas que superan las que pueda tener otro de más edad, será inimputable legalmente aunque cometa un delito espantoso; y un hombre o una mujer de sesenta y cinco, en plenitud de facultades físicas y, por supuesto, mentales, serán de inmediato adscritos al grupo de “nuestros mayores” otro eufemismo que se recubre, para más burla, de empalagosa ñoñería terminológica.

La situación, propia de nuestro mundo occidental y “civilizado” e instaurada en un plazo no superior a dos generaciones, es difícilmente revocable. Sociólogos, psicólogos y educadores han dedicado a ella sus comentarios y estudios, pero, a lo que se ve, sin ningún resultado si no es el de concluir que los tiempos son así, corolario que es como no decir nada y, desde luego, sin ningún valor práctico. Lo que he denominado, quizá con rudeza, estabulación, fragmenta artificiosamente lo que siempre ha sido, en todas las sociedades, la línea de información y de cultura que las ha permitido sobrevivir y crecer.

MUTILADO.

José Ignacio de Arana.

Palabra en desuso, como tantas otras a las que la “corrección” lingüística ha condenado al desván del idioma. Sin embargo, no parecería que la definición académica del verbo mutilar debiera de herir ninguna sensibilidad: “cortar o cercenar una parte del cuerpo, y más particularmente del cuerpo viviente.” Una práctica que entra de lleno en la actividad médica en sus especialidades quirúrgicas. Valdría en nuestra habla profesional tanto como amputar o reseca. ¿A qué viene, pues, esa aparente proscripción? ¿Será por lo mismo que ya no hay mancos, ni cojos, ni tuertos, ni ciegos sino que todos son ahora minusválidos? La palabra mutilado parece referirse, en el pensamiento común, a una lesión con pérdida de alguna parte de la anatomía o de su función como consecuencia de una violencia bélica, valga la redundancia: mutilado de guerra es la acepción más usada del término y quizá sea ésa la causa de su malquerencia en el lenguaje, porque se huye de aludir a términos belicosos en una sociedad que ha hecho de la paz un desiderátum tan utópico como impregnador de sus maneras de pensar y, por tanto, de hablar. Es curioso cómo cambia la percepción de los hechos y circunstancias. Una mutilación de esas características dio lugar a uno de los episodios literarios más conocidos y celebrados de nuestras letras. Tras la publicación en 1604 de la Primera parte de *El Quijote*, es sabido que en julio de 1614 apareció un apócrifo del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, publicado en Tarragona bajo el largo título de *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras*. En el prólogo se permite Avellaneda denigrar a Cervantes diciendo que a éste no le ha de gustar el nuevo libro porque no sigue “la copia de relaciones que a su mano llegaron; y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una, y hablando tanto de todos, hemos de decir de él que, como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos.” Como es sabido, Cervantes apresuró la salida de la imprenta de su segunda parte del auténtico *Quijote* y en su prólogo contesta a estas alusiones de Avellaneda: “Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde

se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella." El recuerdo de su herida lo menciona una vez más orgullosamente cuando en su obra *Viaje al Parnaso* dice que el mismo dios Mercurio le recibe con estas palabras: *Que, en fin, has respondido a ser soldado / antiguo y valeroso, cual lo muestra / la mano de que estás estropeado. / Bien sé que en la naval dura palestra / perdiste el movimiento de la mano / izquierda, para gloria de la diestra.*

Estropeado, mutilado, y a mucha honra.

El DRAE recoge una segunda acepción de la palabra mutilar que sí se sigue usando, aunque ya tiene poco que ver con lo que los médicos podríamos entender de ella: "Cortar o quitar una parte o porción de algo que de suyo debiera tenerlo."; como "mutilar un texto", apostilla la Academia.

RECICLAJE.

José Ignacio de Arana.

La palabra reciclaje, con esa terminación en “aje”, es un galicismo. El DRAE remite al español reciclamiento, aunque hemos de reconocer que aquélla le ha ganado la partida a nuestra castiza formulación. En cualquier caso, con ellas se alude al hecho de reciclar y de éste sabemos por la Academia que tiene al menos estas tres acepciones: “Someter un material usado a un proceso para que se pueda volver a utilizar”; “Dar formación complementaria a profesionales o técnicos para que amplíen y pongan al día sus conocimientos”; y “Dar una nueva formación a profesionales o técnicos para que actúen en otra especialidad”. Las dos últimas vienen a ser casi lo mismo con algún pequeño matiz. Una cuarta, “Someter repetidamente una materia a un mismo ciclo, para ampliar o incrementar los efectos de éste”, por demasiado técnica se sale del interés de un comentario como el presente. Los médicos somos quizá los profesionales que más recurrimos a lo que llamamos “formación continuada”, porque la medicina es por definición una ciencia en permanente actualización así como sus aplicaciones al tratamiento de los enfermos, si bien lo que se ha venido a denominar el “arte médico”, el modo humano de interactuar con el paciente que se nos confía, es, o debería serlo, una condición inalterable que va unida a la vocación más que a la profesión. El imperativo de la “medicina basada en la evidencia” –mala traducción que cuesta entender de algo que sería mejor llamar “medicina actualizada”- exige el reciclaje no como una práctica más o menos programada, sino como una rutina. Sin embargo, hay algo en ese término, por muy amparado que esté por la Academia, que no deja de raspar en el paladar del entendimiento como un vino un poco picado lo hace en el de la boca. Será, quizá, su proximidad semántica a aquella primera definición académica y la imagen que da sobre la necesidad de triturar lo antiguo para reconvertirlo en algo nuevo. La experiencia nos dice que en medicina –supongo que en otros saberes también- los conocimientos, o al menos una parte de ellos, siguen en su actualidad un ciclo pendular y en ocasiones lo que se desechó por obsoleto –fea palabra- incluso con reproche de disparate, vuelve a ser válido al cabo del tiempo y hasta, para más zumba, se tilda entonces de fabulosa novedad por sus promotores. Los “cursos de reciclaje”, desde luego, proliferan como setas en otoño para cualquier especialidad; bienvenidos y agradecidos sean, pero no convirtamos todo nuestro aprendizaje previo en cartón y vidrio viejos.

DIGRESIÓN.

José Ignacio de Arana.

Cuántas veces me viene a la memoria aquel pasaje de *El Quijote* en el que Maese Pedro, el trapacero galeote fugado que se tornó en titiritero ambulante, reprende al joven trujamán que recita los textos del Romance de Don Gaiferos y la hermosa Melisenda con esta regañina: “*Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.*” Y una de las ocasiones en que tal evocación me surge es escuchando algunas disertaciones científicas en congresos y reuniones de todo tipo o en las más cotidianas sesiones clínicas. Ciertamente no es necesario llegar siempre al paradigma expresado en forma de boutade por Einstein: “Si tu intención es describir la verdad, hazlo con sencillez y la elegancia déjasela al sastre.” En efecto, tampoco hay que hacer de la austeridad expositiva un dogma inalterable; equivaldría a convertir cualquier relato en una árida perorata, porque hay muchas personas que estando dotadas por Dios de amplios y variados saberes, no lo han sido con la gracia de la concisión en el lenguaje hablado ni en el escrito. Suele ser penosa la asistencia a uno de esos actos y el oyente entabla una dura lucha contra el aburrimiento y sus manifestaciones externas de inquietud motora en forma de cambios continuos de postura e invencibles bostezos. Uno de los defectos en los que cae quien no sabe ceñirse a un asunto es el de la digresión, es decir, romper el hilo del discurso y hablar en él de cosas que no tengan conexión o íntimo enlace con aquello de que se está tratando. Digresión, que no “disgresión” como a menudo se oye decir para aumentar el desaguizado. Claro que es difícil no cometer ese error cuando la línea de lo que se va a exponer no se tiene bien trazada desde el principio. Es más frecuente si el discurso es improvisado, pero ya avisó un celebrado orador que “las improvisaciones hay que llevarlas muy preparadas”. Otro comentarista del modo de expresarse en público, Juan Antonio Vallejo Nájera, decía que siempre es preferible que el auditorio quede con pena de que el orador no se haya extendido un poco más al hablar a que termine lamentando que habló demasiado. En un congreso, por ejemplo, las ponencias están medidas de tiempo, pero todos los moderadores saben que van a pasar un mal trago cuando quien habla se olvida de las manecillas del reloj. Como tantas otras cosas, también esto de hablar en público debería enseñarse y practicarse durante la enseñanza universitaria e incluso en etapas anteriores; en algunas naciones así se hace con buenos resultados.

CONFORT.

José Ignacio de Arana.

El Servicio Andaluz de Salud (SAS) ha creado el pasado mes de marzo el cargo de "jefe de confortabilidad" para el complejo hospitalario Torrecárdenas de Almería. Según el periódico *Noticias de Almería* la temática sobre la que debe versar la exposición de los aspirantes ante el tribunal examinador es, cuando menos, curiosa. Por ejemplo, entre los asuntos obligatorios está la "Visión, misión y valores de la Sección de Confortabilidad e Infraestructuras y su incardinación con los valores del Sistema Sanitario Público de Andalucía" así como "Líneas estratégicas y análisis DAFO de la Sección de Confortabilidad e Infraestructuras". Palabras, palabras... como diría quizá Hamlet. O ganas de envolver la nada con celofán de colores.

Sin embargo, hay algo de necesidad en esas funciones que se intuyen en tan estrambótica titulación. Los hospitales son hoy día centros donde se practica la mejor medicina. Sus profesionales de todos los niveles asistenciales, su tecnología con los avances nuevos y novísimos, su gestión que en nada desmerece de la de una empresa con la mayor complejidad administrativa que se pueda imaginar...; todo confluye para hacer de un hospital moderno el lugar donde la ciencia médica se desarrolla y desenvuelve con óptimas perspectivas de éxito en su misión de curar enfermedades, sin dejar de lado las misiones docentes e investigadoras que la sanidad exige a una institución como ésta. Cuando uno ve los hospitales de hace menos de cien años le parecen morideros y así los consideraba la gente que rehuía cuanto le era posible el ser ingresado en uno de ellos y lo tenía por poco menos que un signo de desahucio de su vida. Los hospitales de nuestros días, por el contrario, despiertan una atracción en los pacientes que acuden allí saltándose los pasos previos de una asistencia sanitaria correcta. Saben sin lugar a dudas, y muchas veces por experiencia propia o muy próxima, que entre sus paredes las posibilidades de curación son máximas. El grado de satisfacción que muestran los usuarios con la atención sanitaria recibida en los hospitales es muy alto, como lo demuestran las distintas encuestas que se llevan a cabo sobre la cuestión. Pero hay algo que, aun habiendo mejorado también de forma notable, sigue siendo claramente deficitario en nuestros grandes centros hospitalarios: lo que en conjunto podríamos denominar como "hostelería". Muchos pacientes, no todos, desde luego, pero sí muchos, pasan la mayor parte del tiempo recibiendo sólo la "hospitalidad", no los tratamientos que se les administran quizá con un horario pautado, ni siendo sometidos a

exploraciones en los distintos departamentos del centro. Y en esas horas, que en un hospital se hacen larguísimas y tristes, especialmente las de la noche, es cuando se hace más necesario proporcionarles confort, que puede tener múltiples manifestaciones; una de ellas, en la que no solemos pensar quienes trabajamos en un hospital pero no estamos “ingresados” allí, es la de permitir al paciente que tenga a la vista objetos que le vinculen a su hogar abandonado temporal y forzosamente: unas fotografías, un adorno que suscita una especial evocación... El hospital nunca será un hogar, por supuesto y afortunadamente, pero tampoco debería suponer una ruptura abrupta con la cotidianeidad del sujeto enfermo. Para esa labor, tan necesaria, no creo, sin embargo, que haga falta montar un despacho con rimbombante letrero en la puerta.

FRASES DEL PELO.

José Ignacio de Arana.

Son muchos los términos procedentes de la fisiología que se han incorporado al lenguaje común, con su significado correcto o transformado por el uso, según hemos comentado repetidamente en este Laboratorio. En especial, cuando la función fisiológica se produce como reacción a un sentimiento o emoción fácilmente reconocible por el hablante. Es el caso de la horripilación, la contracción de los miles de músculos *erectores pili* distribuidos por la superficie corporal. Su mecanismo obedece, en su forma más habitual de aparición, ya se sabe, a una respuesta a las bajas temperaturas, de modo acompañante al escalofrío, para proporcionar calor al organismo. Pero no es éste el proceso que ha popularizado los términos. Esa mini contracción muscular multiplicada también sucede en situaciones bien distintas como la sensación de horror o miedo, de modo que de ellas se dice que son horripilantes, espeluznantes, que ponen los pelos de punta, que provocan “carne de gallina” e incluso que son escalofriantes. El sistema nervioso simpático que regula estas funciones responde de la misma manera ante estímulos tan dispares como el frío, el miedo o el desagrado intenso ante un hecho o una imagen. Algo que es difícil de resolver o entender o que es peligroso se moteja de peliagudo en una curiosa acepción de lo que en puridad es una descripción del tipo de pelo de algunos animales como el conejo. Salvarse por los pelos es hacerlo en el último instante y con sumo apuro de una circunstancia en que peligra la integridad física o la vida; los marineros se opusieron a las normas militares que les obligaban a cortarse el pelo alegando que su larga melena les podía servir como asidero en caso de caer al agua; así pues, se dictaron leyes especiales ya en el siglo XVIII que liberaban de esta obligación higiénica a los que sentaban plaza en los barcos de guerra. Por similitud con los animales, que muestran su buena o mala salud por el aspecto de su pelaje, se dice “lucir el pelo” para indicar un buen estado físico o, por metonimia, económico. El “pelo de la dehesa” son los resabios de bastardad que quedan en el comportamiento de alguien que ha ascendido rápidamente en la escala social.

No puedo, ni por espacio ni por ciencia, recoger aquí otras numerosas frases que utilizan el pelo como señal asequible a cualquier entendedor para describir estados de ánimo o circunstancias de un individuo, pero quede constancia de lo importante que es esta fanera no sólo en la estética sino también en el lenguaje que es lo que ahora nos interesa.

ESTUPENDO.

José Ignacio de Arana.

Estupendo vale por admirable, asombroso, pasmoso o que causa estupor. Pero son quizá definiciones demasiado “extraordinarias” para el uso que habitualmente se da a la palabra en una conversación. Por lo común, decimos que es estupendo algo que nos gusta, en general, aunque no tenga esos tintes de maravilla que parecen deducirse de la definición académica. El vocablo suele ir precedido de los verbos ser y estar que le proporcionan algo así como familiaridad o una cercanía al hablante. Un libro, un concierto o una película son estupendos; un plato de cocina o una decoración floral están estupendos. Incluso a secas, hay quien dice ¡estupendo! para confirmar su acuerdo con un proyecto cualquiera que se le propone, lo mismo que diría “me parece muy bien”.

Los escritores, los buenos escritores, de forma consciente unos, de manera impremeditada otros, tienen la virtud y el poder de transformar y hasta crear el lenguaje. Así, Valle Inclán, “el gran don Ramón de las barbas de chivo” como le llamó Rubén Darío en un célebre soneto, fue uno de los más prolíficos creadores de palabras y expresiones de nuestra lengua española en sus novelas, sus “esperpentos” –otro neologismo suyo aplicado a la literatura- y hasta en sus habituales y memorables tertulias de café. En su obra *Luces de bohemia*, durante un diálogo entre dos de sus personajes principales, uno de ellos, don Latino de Híspalis, le espeta a Max Estrella la frase “*No te pongas estupendo*” cuando éste ha soltado, precisamente en una charla de café, una pomposa disertación dirigida al poeta nicaragüense que asiste a la extravagante reunión de escritores, mendigos y filósofos de callejón. La frase “ponerse estupendo” alude en ese contexto a darse aires de grandeza, adoptar posturas grandilocuentes y exquisitas de falsa intelectualidad en el habla que no se corresponden con los auténticos saberes de quien así se expresa. La frase hizo fortuna y desde entonces se ha utilizado, bien que de manera minoritaria y entre gentes “leídas”, para referirse despectiva e irónicamente a los que en algún ámbito público presumen de conocimientos y, sobre todo, utilizan formas de expresión ampulosas y redichas que se convierten en caricaturescas.

En las reuniones médicas, congresos, jornadas, conferencias, etcétera, no falta algún personaje de nuestro oficio al que sería perfectamente aplicable lo dicho por Valle Inclán.

COLMO.

José Ignacio de Arana.

Colmo es una palabra bonita, como tantas otras de nuestra lengua, y que, también al igual que muchas, pronunciamos con frecuencia y sin pararnos a pensar ni por un instante en lo que significa. Del latín *cumulus*, montón, es “la porción que sobra de la justa medida”. Una definición precisa, preciosa y aplicable a innumerables situaciones, actos y realidades con los que nos tropezamos de continuo en la vida cotidiana. Claro que cabe preguntarse en cada caso quién determina la medida justa y en qué consiste ésta. Pero todos tenemos una noción aunque sea, eso sí, la nuestra particular para uso de cada cual. Ser algo el colmo se dice cuando este algo ha llegado a tal punto que razonablemente no se puede superar. Para lo bueno o para lo malo, que ahí la polisemia del lenguaje permite matices que el buen entendedor sabrá captar. Porque no es lo mismo “colmar las expectativas”, en el sentido de sobrepasarlas o al menos alcanzar todo lo esperable, que “colmar la paciencia” de un prójimo llevándole a tomar decisiones destempladas. Llegar algo “a colmo” es hacerlo a lo sumo o a su última perfección.

La existencia de una mayoría de la sociedad ha transcurrido hasta casi nuestros días en medio de la escasez de alimentos; este es un hecho que la historia muestra como constante; la intrahistoria como le gustaba decir a Unamuno. Y como las despensas caseras estaban vacías, se miraban con arrobo, y con gula mal contenida, los establecimientos en los que esos alimentos se dispensaban con abundancia sólo al alcance de algunos, como fondas y tiendas de comestibles. ¿Y cómo los llamaba nuestro lenguaje?: pues precisamente “colmados”, una denominación que ha desaparecido con el hambre.

Y en medicina ¿existe el colmo? Si repasamos la historia de nuestra profesión, sin necesidad de remontarnos más allá de un siglo, el que dista, por ejemplo, desde el primer Congreso de Pediatría celebrado en España (Palma de Mallorca, abril de 1914), seguramente tendríamos que afirmar convencidamente que no. Casi todo lo que entonces parecía a nuestros colegas un avance insuperable, se ha superado con creces y con la mayor naturalidad, de modo que aquí lo de la justa medida carece de sentido. En medicina -en toda la ciencia de seguro, pero cada uno mira a lo que le pilla más cerca- no hay medida o límite que valgan. Esto obliga a un ejercicio de humildad para quienes crean que han llegado a “colmar” el vaso de la sabiduría médica. Nunca está de más recomendar este aprendizaje.

BEIKOST.

José Ignacio de Arana.

El primer año de vida del ser humano se denomina precisamente lactancia porque la leche es el fundamento alimenticio de ese periodo. Pero aun cuando existen opiniones dentro de la misma pediatría y en ciertos ambientes “naturistas” que propugnan prolongar la lactancia como forma exclusiva de alimentación hasta el año de edad e incluso más tarde, sobre todo cuando la lactancia es natural, es más adecuado decir que a esas alturas del desarrollo del niño, la leche es ya un alimento incompleto y se requiere el aporte de otros nutrientes contenidos en productos de distinto origen. “La leche al año, sale del calcaño” reza un refrán castellano indicando para la sabiduría popular el empobrecimiento progresivo de la leche materna.

Así la puericultura ha procurado ir variando el régimen alimenticio de los niños introduciendo progresivamente ya durante ese primer año, a partir casi siempre del quinto o sexto mes, fibra y proteínas vegetales primero, en forma de cereales, frutas y más tarde verduras, y luego proteínas animales que proporcionen los aminoácidos esenciales. Todo ello sin desterrar ni mucho menos la leche, que seguirá constituyendo una parte importante de la alimentación total. A esta diversificación dietética se la denomina, como parece de sentido común, “alimentación complementaria”. Pero he aquí que de unos años a esta parte se ha introducido en el lenguaje para nombrarla un término de origen holandés: beikost. Y no hay historia clínica pediátrica que no incluya esta dichosa palabra que, al menos a los hispanohablantes, no nos dice nada. Debe de ser el deslumbramiento por la brevedad de las palabras, de diez a dos sílabas, que es, desde luego, una ventaja para el lenguaje científico del idioma inglés –aunque éste no sea el caso–, un idioma “de acción” como ya señaló Salvador de Madariaga en uno de los ensayos incluidos en su obra *Carácter y destino de Europa*. Pero si a una madre le decimos que vamos a comenzar el Beikost de su hijo, nos mirará con recelo y no le faltará razón.

“LUZ, MÁS LUZ.”

José Ignacio de Arana.

La luz está en el principio de toda Creación; no sólo en la forma en que se relata ésta en la Biblia sino en casi todas las cosmogonías de las distintas culturas y hasta en las teorías científicas que tratan del origen y la evolución del universo. Siendo, pues, un elemento tan primordial, no puede extrañar que tenga una gran importancia en la vida cotidiana de cualquier ser humano. La luz adquiere un carácter simbólico en el inconsciente colectivo de los hombres. Pero, además de cómo símbolo, buscamos esa luz por pura necesidad biológica. Como no podía ser menos, también juega un papel en la sensibilidad de los enfermos e incluso en el desarrollo de muchas patologías; baste recordar en este sentido el ritmo circadiano de tantas funciones fisiológicas. El jaquecoso o dolorido de cualquier tipo suele gustar de la penumbra o de la oscuridad total; pero otros pacientes no consienten que se les bajen las persianas o se les apague la lámpara porque la angustia de su enfermedad se agudiza a veces hasta el paroxismo con la oscuridad, como si intuyeran un empeoramiento o algo peor en la negrura de la habitación. La arquitectura de los nuevos hospitales destaca por la luminosidad de sus estructuras, tanto en los espacios comunes como en las habitaciones. Ha sido, desde luego, un gran avance frente a la tenebrosidad de los antiguos recintos hospitalarios.

En todas las antologías de frases célebres se incluye la que pronunció Goethe inmediatamente antes de morir: “¡Luz, más luz!”. Y casi sin excepción los comentaristas han achacado esa expresión a un deseo agónico del gran filósofo por seguir adquiriendo sabiduría simbolizada por la luz del conocimiento, él que alumbró con su inteligencia sobrehumana toda una época de la historia de la cultura. La explicación queda muy bonita y sobre todo muy acorde con la imagen estereotipada del genio ávido de saber hasta en los estertores de la muerte. Pero yo siempre he creído adivinar en esa frase algo más prosaico pero también más humano: el grito angustiado de un hombre que viéndose morir pide agarrarse no a la luz de la sabiduría, sino al rayo de luz física que representa como ninguna otra cosa la vida. Ni Werther, ni Fausto, Margarita o Mefistófeles, ni la filosofía que nacieron de aquel cerebro privilegiado pierden un ápice de valor por esta postrera debilidad de quien fue, tomando las palabras prestadas a Unamuno, nada menos que todo un hombre.

HORIZONTAL Y PERPENDICULAR.

José Ignacio de Arana.

Es conocido que muchas palabras que nos sirven para designar conceptos tanto materiales como del pensamiento, se han formado por asociación con nociones que captan los sentidos, aunque luego adquieren vida propia y cada vez se difumina más ese origen hasta llegar a perderse en la memoria colectiva donde se asienta el lenguaje. El reconocimiento de esa fuente remota puede incluso causar perplejidad al hablante que, con harta frecuencia, no habrá tenido ocasión de percibir con suficiente atención los objetos o realidades físicas que se esconden en las palabras que utiliza. Veamos dos de éstas, de uso muy habitual.

Horizontal. El DRAE lo define como “perteneciente o relativo al horizonte”, y también como adjetivo de lo que es “paralelo al horizonte”. Y si vamos a esta palabra, encontramos que su primera acepción académica es la de “límite visual de la superficie terrestre, donde parecen juntarse el cielo y la tierra”, señalándose su etimología en el griego ὁρίζων, definir o limitar. Pero ¿cuántas personas que habitan en las grandes ciudades, que serán las que con mayor frecuencia usen el vocablo horizontal, han tenido oportunidad de contemplar directamente en su vida el verdadero horizonte? Pocas a buen seguro, siendo el límite de su mirada más lejana en el día a día los edificios colindantes o la irregular perspectiva de una larga avenida urbana. Hay una expresión, tomada directamente del inglés, *sky line*, que viene a sustituir en algunas de nuestras ciudades aquella idea de límite entre cielo y tierra para describir la silueta más característica de su conjunto de edificaciones vista en la lejanía, pero que nada tiene que ver con el prístino concepto de horizontalidad.

Perpendicular. “Dicho de una línea o de un plano: Que forma ángulo recto con otra línea o con otro plano” (DRAE). Mas, palabra tan corriente se deriva de un objeto ya poco visto y menos aún sostenido en la mano por casi nadie fuera de los miembros de ciertos oficios: el *perpendicularum* latino, también llamado péndulo o plomada. A nadie le vendrá al pensamiento tan humilde cuanto útil instrumento si tiene que pronunciar la palabra. A mí tampoco, ciertamente, pero nunca está de más un brevísimo recuerdo a los orígenes de lo que sirve para entendernos unos con otros.

ENCICLOPÉDICO.

José Ignacio de Arana.

Etimológicamente, el vocablo Enciclopedia hace referencia a lo que gira en torno a la educación; quiere ser una recapitulación de todos los saberes con fines generalmente didácticos. La Academia lo define como “Obra en que se pretende exponer, de manera sistemática y generalmente por orden alfabético, la totalidad de los conocimientos humanos o los relativos a una rama del saber.” Es el nombre que eligieron los hombres, casi todos franceses, del periodo histórico denominado como Ilustración para la magna obra en la que recogían esos saberes pero, sobre todo, ponían en cuestión muchos de los tenidos hasta entonces casi como verdades reveladas. La Razón, así, con mayúscula, y la creencia en el progreso constante e imparable del conocimiento humano regido exclusivamente por ella, se convirtieron en los motores de la nueva Edad que se abría ante los hombres que hasta entonces, según sus adalides, habían permanecido sumidos en la más terrible oscuridad.

Ahora me interesa más comentar el adjetivo enciclopédico que aplicado a una persona significa que tiene conocimientos universales. Una capacidad verdaderamente asombrosa que se concede tradicionalmente a algunos personajes de la historia, en especial del Renacimiento, como Leonardo de Vinci o Miguel Ángel. Hoy sería difícil adjudicar este calificativo a nadie de nuestro tiempo porque el conjunto de conocimientos a los que es posible acceder se ha multiplicado de tal manera que hace imposible a una sola persona el abarcarlos siquiera en una mínima parte. Lo que sí sería deseable es que los métodos educativos aplicados desde la infancia otorgasen al individuo la capacidad de mantener la mente abierta a muy diversos campos de ese conocimiento, imbuyendo unas formas de pensar “universales” que sirvieran de pauta sobre la que escribir distintos argumentos. Sin embargo, los métodos educativos actuales, al menos en nuestra patria, no parecen ir por ese camino sino más bien por el contrario: restringir nociones básicas, “polivalentes”, frente a saberes especializados. Y la Medicina no es ajena a este fenómeno. El nacimiento de las especialidades médicas supuso un gran beneficio para la práctica de nuestra profesión. Pero una vez comenzada la disgregación, ponerle coto parece tarea difícil si no imposible. Valga el ejemplo de la Pediatría. Su titulación académica ha pasado de “especialista en Pediatría y Puericultura”, esto es, en las enfermedades de los niños y en el cuidado de la infancia sana, a “Pediatría y sus áreas específicas”, con lo que, lo sé por lamentable experiencia, un

extraordinario cardiólogo o un neurólogo infantiles pueden no saber, ni les interesa, que es peor, qué alimentación debe recibir un niño de pocos meses o qué vacunas han de administrársele o qué medidas tomar ante un caso de enuresis nocturna.

No estaría de más recordar la frase atribuida a Bernard Shaw de que “el colmo de la especialización es saber cada vez más de cada vez menos, hasta llegar a saberlo todo de nada”. Estamos a punto de alcanzarlo.

ALBRICIAS.

José Ignacio de Arana.

Procedente del hispanoárabe albušra, y éste del árabe clásico bušrà, tiene el mismo significado que el griego εὐαγγέλιον, evangelio, es decir, “buena nueva”. Designaba el regalo, en dinero o en especie, que se concedía a la persona portadora de la primera noticia de una de esas “buenas nuevas”, como podía ser la de una victoria militar, un acuerdo político o cualquier suceso relevante para la comunidad. Hablamos de un tiempo en el que la información de las noticias de todo tipo se realizaba muy lentamente, al paso de cada época, claro está, y así, la resonante y trascendental victoria en la batalla de Lepanto, sucedida el 7 de octubre de 1571, tardó varias semanas en conocerse en los reinos de Felipe II y la de la batalla de Bailén, casi dos siglos y medio más tarde, llegó a Madrid al cabo de seis días. Durante gran parte de la historia los mensajeros, un empleo social muy destacado, podían recibir a cambio de su misión las albricias lo mismo que el castigo del recipiendario si las nuevas eran desagradables: de esta segunda situación se creó la frase de “matar al mensajero”.

No puede decirse que la sociedad actual sea pródiga en buenas noticias en casi ninguno de los campos en que se desenvuelve la actividad humana y, por otro lado, la comunicación se ha hecho global y prácticamente instantánea gracias a los avances de la tecnología y los medios que se ocupan de la misma. Es difícil hoy arrogarse esa prioridad, pero por ella disputan las grandes cadenas de prensa, radio o televisión –lo llaman *scoop*- y sus periodistas. Sin embargo, si existe un campo en el que las noticias de buena índole y esperanzadoras son numerosas y se suceden a un ritmo acelerado, éste es el de la ciencia y en especial el de la medicina. En la profesión a la que nos dedicamos las primicias son casi continuas, tanto que a veces llegan a saturar nuestra capacidad de asimilación. Justo sería que la sociedad beneficiada repartiera albricias a muchos de esos precursores cuyos nombres se pierden entre los de centenares de sujetos. Una forma de hacerlo sería seguir otorgando el nombre del médico precursor a la enfermedad, el síndrome o el signo; una costumbre que se va perdiendo en aras de una especie de despersonalización de la ciencia que parece que la hacemos todos cuando no es así: la utilizamos todos, pero no la creamos. Yo a mis alumnos de la Facultad les estimulo a aprenderse los nombres propios de las enfermedades que los tienen, además del técnico o descriptivo de las mismas. Y lo hago recurriendo a tentar su vanidad: ¿No

les gustaría que el día de mañana, si describe alguno de ustedes algo importante, se cite en todo el mundo su nombre, aunque éste sea Pérez o García?

DESFRAGMENTAR.

José Ignacio de Arana.

El mundo de la informática y de sus aplicaciones ha ido creando para su uso interno una “neolengua” que, sin embargo, en no pocos casos traspasa ese ámbito en principio restringido para incorporarse al vocabulario y al lenguaje común. Ciertamente, al principio el trasvase fue en sentido contrario. Palabras como “carpeta”, “icono”, “programa”, “diseño”, “formato” y tantas otras provienen de la terminología habitual en cualquier trabajo de oficina y se han acomodado a su nuevo uso sin estridencias. Pero hay alguna que la primera vez que la vemos nos choca en las entendederas de meros usuarios de la nueva tecnología, que es el nivel en el que, confesémoslo, estamos la mayoría de quienes nos sentamos ante el ojo ciclópeo del ordenador.

Entre éstas, al comienzo de mi relación con este mundo de los ordenadores, una me llamó con fuerza la atención cuando apareció en un “menú” del “escritorio”: Desfragmentar. ¡Cielo santo –me dije en mi bisoñez informática- qué palabro! ¿No podría haberse encontrado otra como reunir, agrupar o concentrar que parecen tener un significado similar y por lo menos están en el Diccionario? Pues no; ahí campea desafiante desfragmentar. Luego, pasado un tiempo y, sobre todo, observando el desarrollo del programa, caí en la cuenta de que quizá el equivocado era yo con mi inoportuno purismo lingüístico. Se me ocurrió la idea de si aquello que el ordenador realizaba a toda velocidad ante mi vista, juntando cuadraditos de colores en grupos homogéneos, dejando “memoria virtual” libre en el cerebro electrónico –por cierto, una denominación ya absolutamente en desuso para estos aparatos- no podría realizarlo de alguna manera nuestro cerebro neuronal. Y es que, efectivamente, el cúmulo de conocimientos que van llenando nuestra memoria desde la más precoz infancia, está, no hay mejor palabra para describirlo, fragmentado, con miles de retazos que sabemos que están ahí, pero que nos son absolutamente inútiles por su aislamiento en rincones insospechados de la mente. ¿Qué fue de tanto como aprendimos en el colegio, de tanto como memorizamos en la universidad, de lo muchísimo que la vida nos ha ido enseñando? Necesitaríamos un “desfragmentador” que periódicamente nos colocase esos saberes en orden. Sería asombroso descubrir todo lo que en realidad sabemos, darle utilidad y liberar una cantidad enorme de memoria para seguir aprendiendo. Un reto para la ciencia neurofisiológica y para los “programadores” pedagógicos.

PRIAPISMO.

José Ignacio de Arana.

Es la erección continua y dolorosa del miembro viril sin estímulo venéreo. La palabra procede del latín tardío priapismus y éste del griego πριαπισμός. Fisiopatológicamente obedece a un balance desequilibrado entre el aflujo arterial y el drenaje venoso peneanos; el estado de erección se limita a los cuerpos cavernosos, sin afectar al cuerpo esponjoso ni al glande como ocurre en la erección fisiológica. En muchas ocasiones constituye una urgencia urológica que exige un rápido tratamiento. Pero no son los aspectos médicos de esta enfermedad los que quiero comentar, sino el origen de su nombre.

Príapo es uno de los dioses menores de la mitología griega, adorado en el ámbito agrícola como protector de las huertas, el vino, los rebaños de cabras y ovejas, los panales y también de la pesca. Se le consideraba hijo de Dionisio y Afrodita. La diosa fue reiteradamente infiel al padre durante el embarazo y Hera, la esposa de Zeus, la castigó haciendo que alumbrase un hijo extremadamente feo y con unos genitales desproporcionados. La criatura nació en la ciudad de Lámpsaco. Los relatos mitológicos cuentan que Príapo intentó violar junto a un río a la ninfa Lotis que fue alertada por los rebuznos de un asno y pudo salvarse transformándose en flor de loto. El desairado dios mató al burro y de ahí que los adoradores de Príapo en Lampsaco celebraran solemnes sacrificios de estos animales en su honor.

Los romanos tomaron esta divinidad como tantas otras de los griegos y la incluyeron en su amplio y ecléctico panteón. En Roma se colocaban estatuas de Príapo con un enorme falo erecto y pintado de colores chillones en los jardines y huertos, tanto para protegerlos contra intrusos como con la función de espantapájaros. En las excavaciones de Pompeya se encontró en el vestíbulo de la casa de los Vetti un magnífico fresco representando a Príapo con todos sus atributos. Se ha considerado que esta figura intentaba contrarrestar el mal de ojo que podía suscitar contra sus habitantes la envidia por la riqueza de la acaudalada familia pompeyana.

HABLANDO EN LOS CONGRESOS.

José Ignacio de Arana.

Siempre me he preguntado si la medicina en general y cada una de sus especialidades es particular tienen avances y novedades como para llenar las docenas de congresos, más o menos locales, nacionales e internacionales que se celebran anualmente. En cada uno se exponen y discuten centenares de ponencias, comunicaciones breves y carteles cuyos autores creen –creemos- sinceramente que aportan algo nuevo al conjunto de nuestra ciencia. Hemos echado muchas horas a su planteamiento y elaboración y eso, consideramos, ya merece un rato de atención por una parte o por todos los congresistas; y no nos falta por completo la razón. En la jornada cotidiana de los médicos, más cuanto más jóvenes ciertamente, una parte muy sustancial del tiempo se dedica precisamente a la preparación de “trabajos de congreso”, con al menos seis firmantes que habrán tenido sus dimes y diretes sobre prelación; y asimismo de otros que se enviarán a revistas, del mayor “factor de impacto” posible, por supuesto, aunque el destino de éstos sea de más dudoso éxito que las comunicaciones congresuales. Y una vez allí, ¿qué? Pues que en la mayoría de los casos el resultado de audiencia suele ser menguado aunque, eso sí, el texto, su resumen o la referencia aparecerán en las actas y con eso es suficiente para hacer un apunte más, otra muesca, en el curriculum. Lo que sucede es que se va produciendo una especie de inflación de esos currículos que luego, a la hora de ser valorados en algún tipo de concurso, obliga a los miembros del tribunal a hacer una operación de cribado para la que no suele ser fácil, ni siempre estrictamente justo, el establecimiento de los criterios de aceptación. Quien ha formado parte de alguno de esos tribunales lo sabe bien.

¿Es esto una diatriba contra el valor y la utilidad de los congresos? En modo alguno; quien suscribe ha participado en buen número de ellos; en muchos ha aprendido; en alguno cree haber enseñado; jamás se le ocurriría, pues, rebajar su estimación de tales acontecimientos fundamentales para el desarrollo de la profesión médica en su más amplio campo de actuación. Lo que sí me viene a las mientes es un aspecto de la actividad durante los congresos que se tiene por marginal, casi anecdótico, y que, sin embargo considero de notable importancia: las conversaciones en los “descansos” o en los actos no académicos de los que se rodean y adornan las sesiones científicas. En ese tiempo, que muchos calificarán de meramente accidental, es donde se habla de múltiples asuntos, casi exclusivamente

profesionales según nuestra inveterada costumbre o deformidad, y cuando suelen surgir, aparte de amistades, que no es poco, interesantes intercambios de ideas y experiencias que muchas veces enriquecen más nuestro equipaje de conocimientos que gran parte del programa científico oficial. Para mí que exponer y debatir “en el congreso” es importante, naturalmente, pero hablar “durante el congreso” puede serlo tanto o más. Es una opinión, claro, pero que seguramente compartirán los colegas que llevan ya muchos congresos a la espalda.

HELIOTERAPIA EXAGERADA.

José Ignacio de Arana.

En el año 1903 el Premio Nobel de medicina fue concedido a Niels Ryberg Finsen por sus trabajos sobre la acción beneficiosa de los rayos solares sobre la salud. Esos estudios venían a demostrar, con rigor científico, algo que la gente ya intuía empíricamente en su cuerpo con la costumbre, adoptada no demasiado tiempo antes, de someterse a “baños de sol”, especialmente en la orilla del mar. La talasoterapia, el efecto terapéutico del mar, sus aguas, su clima, también su sol, era conocida y practicada desde más antiguo. Ya los médicos clásicos, con Hipócrates entre ellos, recomendaban la cercanía al mar como remedio para muchos males, aunque asimismo avisaban de su perjuicio para otros. Lo que no se ha generalizado hasta hace tres o quizá cuatro generaciones es la inmersión en el agua como actividad puramente lúdica. Meter todo el cuerpo en el mar era algo que sólo se concebía para los náufragos inevitablemente y para los pescadores de ribera y los mariscadores por razón de oficio. El baño en el mar y la insolación en su orilla playera son ocupaciones complementarias que hoy desarrolla con entusiasmo una buena parte de la sociedad en cuanto el tiempo atmosférico y el descanso laboral lo permiten. Y, como siempre suele suceder en los comportamientos gregarios, se ha pasado de un extremo a otro sin apenas tramos intermedios. El espectáculo que en una jornada de verano –a veces desde casi la amanecida hasta bien completada la puesta del sol- ofrece una playa en países meridionales como el nuestro, beneficiados por un clima en ese sentido privilegiado, dudo mucho de que pudiera considerarse como un ejercicio de talasoterapia consciente. La exposición prolongada, o prolongadísima, de los cuerpos a la acción directa de los rayos solares tiene más de galería de san lorenzos voluntarios que de búsqueda helioterapia. El resultado lo comprobamos los mismos médicos que quizá en ocasiones hemos recomendado a nuestros pacientes un comedido aprovechamiento de ese sol que es medicina gratuita y de fácil dispensación: el melanoma se ha convertido en una patología de prevalencia creciente. El “bronceado”, que en muchos casos es auténtico achicharramiento, tiene seguramente un valor estético en nuestra sociedad –como hace muchos años lo tenía, al menos para las mujeres, la blancura de piel-, pero no quepa duda de que también es una muestra sutil de “estatus”, de que se han tenido ocasión y medios económicos para disfrutar del sol y no precisamente en lo alto de un andamio o en la siega. El Nobel Finsen nunca pudo

pensar que la helioterapia se transformaría en helioadicción y la talasoterapia en “necesidad social”.

JET LAG.

José Ignacio de Arana.

Uno de los temas de conversación más manidos es el de los enormes cambios que el progreso de la ciencia y de la tecnología ha provocado en nuestras formas de vida en muy pocos años, sobre todo en la última generación, o lo más en ésta y en la anterior. Si analizamos con detalle la cuestión quizá nos demos cuenta de que en realidad tales avances no son, con ser muchísimo, más que eso: avances, mejoras, espectaculares en muchos casos, impensables en no pocos, de conocimientos y aptitudes que los hombres han poseído siempre a lo largo de la historia de la humanidad. Otro tanto sucede con algo tan profundamente humano como son los placeres. El sexo, la comida, la bebida, el disfrute de las bellas artes, la práctica del ejercicio físico en forma competitiva o no, cualquiera que se nos ocurra, ya lo habrán practicado nuestros predecesores. Sólo uno puede considerarse moderno o, mejor dicho, “contemporáneo” si le aplicamos la periodización tradicional de la Historia: la velocidad. En efecto, la velocidad está muy presente en las actividades humanas y en la manera en que las personas planifican éstas. El transporte, la comunicación no sólo física sino también la de las ideas, no sería hoy concebible sin contar, aun inconscientemente, con la velocidad; incluso se ha convertido en un placer en sí mismo, sin buscar ninguna utilidad práctica y ni siquiera intelectual. Desde luego, los tiempos para hacer casi cualquier cosa se han acortado. Pero cabe preguntarse, ya que nos hemos puesto a ello, si en realidad los hombres hacemos ahora más cosas que antes o solamente más deprisa. Repasando los actos y las biografías nos sorprende cómo los hombres y mujeres, al menos algunos muy significados, del Medievo o los de la época de la Ilustración, por poner dos ejemplos casi paradigmáticamente opuestos, se movían de un lado a otro, adquirían –seguramente tarde, pero sin duda lo hacían- los conocimientos surgidos y desarrollados muy lejos geográficamente, y no vivían acuciados por los agobios que imponen las prisas.

El tiempo y el espacio han estado siempre íntimamente relacionados, en la percepción física y en las fórmulas matemáticas; desde la genialidad de Einstein esa relación se ha demostrado como básica en la concepción del universo. Por decirlo de algún modo, hasta ayer una forma de percibir el paso del tiempo era notar los cambios paulatinos del entorno. Ambas sensaciones se notaban poco a poco. Ahora muchas veces no es así. Hasta el punto que ha nacido una nueva patología derivada

de esa falta de acomodo: se la ha llamado *jet lag* o *disritmia circadiana*, que suena más científico. No voy a entrar aquí en su descripción que conocen bien todos los lectores y muchos habrán padecido. Sólo quiero resaltar que ni Magallanes o Elcano, ni Jorge Juan ni los novelísticos viajeros imaginados por Julio Verne (salvo, quizá y por argucia del autor, el Mr. Fogg de *La vuelta al mundo en ochenta días*) debieron sufrir nada similar.

MÉDICOS ESCRITORES.

José Ignacio de Arana.

Han sido numerosas las ocasiones, y aún lo serán más, en las que este Laboratorio ha traído a sus tubos de ensayo a médicos que junto con el ejercicio de su profesión sanitaria, y a veces por encima de ella, han ejercido otra de creación puramente literaria. En general es difícil separar ambas actividades. El ruso Antón Chéjov, queriendo matizar entre sus dos vocaciones, decía que la medicina era su esposa legítima y la literatura su amante; no está mal la matización. Sin embargo, para algunas personas, incluso presuntamente ilustradas, la cosa no está tan clara. Valga el ejemplo de que en más de una ocasión al enviar mi filiación, ésta ha aparecido como “Miembro de la Asociación Española de Médicos, Escritores y Artistas.” Así, con esa coma ortográfica que pretende, y consigue, diferenciar drásticamente entre los médicos y las otras dos ocupaciones, señal inequívoca y, como digo, repetida de que alguien no concibe la posible conjunción de ellas en una misma persona.

La producción literaria de los médicos abarca todos los géneros: poesía, ensayo, teatro o narrativa. Quizá la primera tenga menos reconocimiento público que las otras, pero sólo porque la creación poética, en España desde luego, pero en otras naciones también, no goza hoy de mucho predicamento entre los potenciales lectores. Es el más individual de los géneros, el que va más dirigido desde la intimidad del autor a la del lector y el que requiere unas condiciones de disfrute que no todos ni en todo momento estamos en disposición de conseguir. La narrativa, en el otro extremo de la escala, es mucho más practicada entre nuestros colegas. Stendhal decía que la novela, y esto se puede extender a otras formas de narración creativa, es un espejo situado a la orilla del camino de la vida. Y qué mejor espejo que el médico, a cuyo lado, como testigo interesado si es consecuente con su vocación, transcurren centenares de vidas y, además, en circunstancias que las otorgan un posible papel protagonista, o “de reparto” en un apasionante relato.

Pero otra cosa es escribir bien. Y para esto el mejor, y casi único, método es... leer literatura bien escrita. Ni “talleres literarios” ni remedos por el estilo. Y la lectura es un hábito que se instaura y arraiga, como casi todos, durante la infancia y la juventud. En un artículo publicado en el diario *El País* (http://cultura.elpais.com/cultura/2014/08/06/babelia/1407333917_494894.html) el profesor José Lázaro, de la UAM, recuerda que “desde hace cuarenta años

proliferan en universidades anglosajonas los cursos de Medicina y Literatura. Analizando textos narrativos buscan un conocimiento más profundo de la enfermedad, la profesión médica o las vivencias del paciente.” ¿Seríamos capaces de hacer algo similar en nuestras universidades? Quizá nos sorprenderíamos del éxito; y saldrían muy beneficiadas las dos actividades, sin la coma de aquel corrector que, sin duda, se pasó de listo.

PIGMALIÓN Y SU EFECTO.

José Ignacio de Arana.

Un antiquísimo mito de origen fenicio localizado en la isla de Chipre, el de Pigmalión, fue luego desarrollado y embellecido, como en tantas otras ocasiones, por el romano Ovidio en su gran obra *Metamorfosis*. Según ésta, Pigmalión era un escultor que, por no encontrar la mujer perfecta con quien casarse, se dedicó a esculpir figuras femeninas en las que ponía todos los atributos que no hallaba en las de carne y hueso. Una vez realizó la escultura de una mujer a la que llamó Galatea y a la que en un sueño creyó ver convertida en un ser real a la que tomaba por compañera. Al despertar, la diosa Afrodita, conmovida por el amor tan intenso de Pigmalión, y también ablandada por las súplicas que éste le dirigiera, hizo que la escultura tomara vida. El mito ha sido utilizado luego innumerables veces, tal cual o como inspiración, por artistas de todos los campos, desde las artes plásticas a la literatura, la música o el cine. El argumento de cómo una personalidad puede llegar a influir tanto en otra como para llegar a cambiarla radicalmente hasta moldear esta segunda a su imagen y semejanza habría de ser aprovechado por dos disciplinas emparentadas entre sí y, de más o menos refilón, con la medicina: la psicología y la sociología y especialmente en las vertientes que confluyen en la educación.

Rosenthal y Jacobson en 1966 y posteriormente David C. McClelland establecieron el concepto de “Efecto Pigmalión” para referirse a la transformación de los resultados obtenidos por alumnos según las expectativas que sobre ellos han depositado los profesores, al margen de la objetiva valía intelectual de los primeros. Y ello, además, en ambos sentidos, positivo y negativo. Los autores hablaban de una teoría de la “profecía autorrealizada” según la cual el profesor que espera un mejor rendimiento de algún alumno, aunque este haya sido elegido aleatoriamente, le prestará una mayor atención, le dará más estímulos y de esta forma fomentará su motivación para el estudio, con lo que al final obtendrá los buenos resultados que el profesor había presupuesto; y viceversa, naturalmente.

Esta teoría es trasladable con facilidad a otros ámbitos como el laboral. Un empleado al que su jefe “motiva” con frecuentes muestras de afecto y confianza, rendirá más y mejor que aquel otro que sólo recibe un trato huraño o estrictamente “formal”. Y, por supuesto, en este campo de las relaciones sociales cabe incluir el ejercicio habitual, especialmente el hospitalario, de la medicina. Quienes desempeñan cargos de jefatura clínica pueden influir positiva y negativamente en los

médicos en periodo de formación y también en los ya asentados laboralmente bajo su coordinación. Pero más importante me parece el “efecto Pigmalión” que puede desarrollar el médico sobre sus pacientes. La confianza del profesional en la buena –o mala- evolución de la enfermedad se transmite al paciente y al menos todo el cortejo psicosomático que acompaña a cualquier dolencia física se verá sin duda afectado en uno u otro sentido. Es algo que los médicos hemos sabido desde siempre, claro, pero ahora hasta podemos darle un nombre con resonancias mitad mitológicas, mitad literarias.

PUNTO LIMPIO.

José Ignacio de Arana.

¿Hay mayor contradicción que calificar de “punto limpio” al lugar donde se recogen y acumulan los desechos de una comunidad? Cosas del lenguaje, que lo mismo sirve para describir con exactitud un hecho o un objeto que para cubrir con un velo de aparente pudor, lo que se denomina eufemismo, algo que puede raspar más o menos profundamente la sensibilidad del oyente o del lector. Las basuras son ahora “residuos urbanos”; los rimeros de desperdicios no son basureros sino “vertederos”; y hasta un espacio que proclamaba a las claras su origen y su función, “Vacíamadrid”, es ahora el asiento de una próspera aglomeración residencial. El “punto limpio”, desde luego, es un lugar que incita a la meditación; quizá nos sea el sitio más aristotélicamente seductor, pero sí altamente sugestivo para dejar que las ideas trisquen en libertad durante un corto rato. Allí se van a convivir o a conmorir mil y un objetos que hasta casi un momento antes teníamos por imprescindibles en el hogar: lámparas, muebles, ventiladores, teléfonos, videos y otros medios de entretenimiento o que contribuyeron a nuestra comodidad, que se han quedado anticuados –“obsoletos” diría un cursi de la parla moderna- y toda una parafernalia que nos acompaña en la vida cotidiana y en la que en su día invertimos un sustancioso capital. Alguien podría colocar a la entrada un cartel con la sentencia latina *sic transit gloria mundi* evocando alguno de los cuadros de Valdés Leal. Al salir de hacer nuestro depósito, como al abandonar un cementerio tras un entierro que no nos pille muy de cerca, no podemos evitar una duplicidad de sentimientos: por un lado, dolor por lo que perdemos definitivamente; por otro, liberación de una atadura anímica.

El ejercicio de la medicina es uno de los que mayor número y variedad de residuos produce. Los contenedores para su “reciclaje” selectivo se multiplican hasta resultar en ocasiones confusos o caóticos en casi cualquier rincón de los hospitales o los centros de atención primaria. Y, naturalmente, exigen de una posterior manipulación especialmente cuidadosa y especializada hasta hacerlos desaparecer. La tecnología, tan acelerada en sus cambios y actualizaciones, deja fuera de uso en muy poco tiempo aparatos y sistemas que, si acaso, seguirán luego un curso descendente de utilización pasando a servir en centros sanitarios de menor cualificación hasta llegar, no pocas veces, a remotos lugares que de no ser por este relevo no tendrían opciones de poder disponer de ellos. He visto en hospitales de

África equipos de radiología o de análisis que fueron desechados en lo que llamamos “primer mundo” y que allí, sin embargo, cumplen una misión extraordinariamente valiosa.

Y si seguimos filosofando, ya que estamos, seguramente una pregunta nos asalte: ¿hay, o debería haber, un punto limpio para las ideas? De éste también seríamos usuarios los médicos con nuestro continuo trajín de novedades.

EFÍMERO.

José Ignacio de Arana.

Efímero, etimológicamente “lo que dura un solo día”, y, por semejanza, lo que es pasajero aunque no se limite a un día, es palabra que suele tener connotaciones peyorativas en el lenguaje habitual. Se contrapone a imperecedero, perdurable o absoluto, que son cualidades que se valoran más por lo general. Sin embargo, no faltan, más en la literatura que en el habla coloquial, elogios a la condición efímera de algunas cosas o seres. Así por ejemplo, la flor del rosal, en el poema barroco de Francisco de Rioja *Pura, encendida rosa*; o las tiernas palabras que a su flor le dedica el principito en el libro de Antoine de Saint Exupéry, precisamente por la brevedad de su hermosa existencia. La biología da el nombre de *Efímera* a un insecto alado, también conocido como *cachipolla*, muy frecuente en la orilla de los arroyos y sobre las plantas acuáticas que, apenas eclosiona de los huevos depositados en el agua, vuela para aparearse y muere en el transcurso de menos de veinticuatro horas; quizá constituye el ejemplo más palmario de que entre los seres vivos el instinto predominante es el de reproducción o conservación de la especie, muy por encima del de conservación del individuo. En el organismo humano también existen células, como algunas epiteliales y sanguíneas, que tienen una pervivencia muy corta, si no de un solo día, de poco más. En el ámbito de los afectos se habla a veces de amores efímeros y también de efímeras lealtades. Los unos suelen recordarse con cierta añoranza; las otras, son fuente de desprecio aunque frecuentemente sirven de útil enseñanza sobre la veleidad humana.

El deslumbramiento que los poetas y literatos han sentido por las cosas efímeras, merece un comentario que quizá roza lo psicoanalítico. Gusta lo efímero cuando es ajeno o cuando no toca directamente al sujeto que lo encomia; porque cada cual para lo suyo prefiere lo duradero. Pero ya se sabe que a los poetas no hay que hacerles demasiado caso sino sólo disfrutar con sus ocurrencias. Los médicos, por nuestra parte, no solemos tener excesivo aprecio por lo efímero, a pesar de que nuestros conocimientos y prácticas pecan en demasiadas ocasiones de corta permanencia y lo que hoy es novedad, al muy poco tiempo está ya atrasado y desdeñado como inservible cuando podría continuar sirviendo perfectamente.

¿QUÉ ES UN NIÑO?

José Ignacio de Arana.

Qué pregunta más tonta, dirán muchos lectores. Pues una persona durante los primeros años de su vida, aunque este límite estrictamente cronológico haya sido muy cambiante para la opinión de la sociedad adulta en unas épocas y otras. Es, desde luego, un condicionante que parece sólo de calendario, pero ¡caramba!, durante esos años, el ser humano sufre más transformaciones físicas y psíquicas que en el resto de su vida, por larga y azacaneada que sea ésta. El poeta checo Rainer M^a Rilke, en una de sus *Elegías del Duino*, su obra más conocida, dejó dicha una gran verdad; “La verdadera patria del hombre es su infancia”. En efecto, en ese tiempo, la persona adquiere no sólo la mayor parte de sus capacidades orgánicas de las que luego irá tirando, sino, y sobre todo, la estructura mental y de pensamiento que va a ser la base fundamental de su existencia y de la manera de entender ésta y enfrentarse a ella; para bien o para mal, que eso es otra cuestión. Si recurrimos a la siempre instructiva sabiduría de Ortega y Gasset, es la época en que se instalan en nuestro interior las principales “creencias” que más tarde cohabitarán o pugnarán con las “ideas”, de menor solidez y mayor accidentalidad. Ya sólo por estas razones la infancia debe ser considerada un periodo especialísimo y quienes se acerquen a ella harán bien en considerar esa particularidad.

Llevada al ámbito de la medicina, la atención al niño hay que reconocer que tardó muchos siglos en conseguir un estatus de especialidad. La Historia de la Medicina recoge esfuerzos denodados en este sentido por parte de algunos colegas, y eso sólo con cierta claridad a partir de la Escuela de Salerno cuando Trótula se refiere en sus escritos al niño como algo separado de la figura materna. Con figuras señeras, a las que no es posible dedicar hoy un recuerdo pormenorizado en esta página, pero bastante aisladas y hasta miradas con cierto desdén por los otros médicos, hubo que esperar al siglo XIX para que la medicina de los niños adquiriera primero carta de naturaleza y luego relevancia en los estudios y la práctica de nuestra profesión. Si hubiera que colocar en estos inicios un cartel señalizador, quizá fuera uno en el que se leyese una frase que parece burlona: “El niño no es un adulto pequeño.” Resume muy bien el criterio de que a los niños no se les puede tratar médicamente –ni en ningún otro sentido- como iguales a los adultos pero en tamaño reducido y más o menos proporcionado. Hace ya más de cien años que la Pediatría consiguió individualizarse dentro de la medicina, pero en el concepto de

que el niño es un ser totalmente distinto radicaba, sin saberlo, el germen de su futura posible crisis. En efecto, de un tiempo acá han proliferado las “especialidades dentro de la especialidad”, lo que ahora se llama, hasta en la titulación académica, “Áreas Específicas”. Los jóvenes médicos que se sienten con vocación pediátrica se decantan por alguna de éstas que se practica en los grandes centros sanitarios y – un riesgo inherente a toda superespecialización- dejan de lado lo que denominaríamos “Medicina General Pediátrica” a ejercer en primera línea. Así pues, estos nuevos pediatras, y muchos de los no tan nuevos, van abandonando al niño “completo” para mirar con anteojeras a una porción. Luego lamentamos, y así lo hace la Asociación Española de Pediatría en sus reuniones, que nada menos que un 40% de las plazas de Pediatría de primera atención estén desempeñadas por médicos sin titulación en la especialidad; éstos esperan sentados a que les lleguen a sus despachos hospitalarios los niños ya cribados. Trótula no estaría satisfecha.